

Miguel Barquiarena

Osario Antología poética 2024-1999

Selección y prólogo del autor

FONDO 
EDITORIAL
TAMAULIPAS

Osario de otredad. Antología poética

© Miguel Barquiarena

Primera edición 2025

ISBN: 978-607-8452-73-6

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Dr. Américo Villarreal Anaya

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Dra. Silvia Lucero Casas González

Secretaria de Bienestar Social

Mtro. Héctor Romero Lecanda

Director general del

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes

Mtro. Julio Andrés García Pesina

Director de Publicaciones y Fomento Literario

Encargada de la colección: Patricia Guzmán Rosiles

Cuidado de diseño editorial: José Ángel Lumbreras Tristán

Diseño de forros e ilustración: Manuel Tovar Campos

La colección Cauce del Bravo reúne obras de autoras y autores tamaulipecos con una trayectoria literaria de gran trascendencia a nivel nacional y estatal.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)

Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y

Gaspar de la Garza 421, zona Centro

Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C. P. 87000

Tel. 834 315 2977

Derechos reservados conforme a la ley.

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

Con enorme orgullo celebro la publicación de esta obra que forma parte de **Cauce del Bravo**, una serie que reúne obras de autoras y autores tamaulipecos de gran trayectoria y que nace al amparo del **Programa Editorial Tamaulipas 2025**, impulsado por el Gobierno del Estado a través de la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, con el propósito de fortalecer y difundir la creación literaria de nuestro estado.

Cada uno de estos libros es testimonio del talento, la imaginación y la mirada crítica que habita en nuestras comunidades. La cultura, y en particular la literatura, es un medio poderoso para contar quiénes somos, qué nos duele, qué soñamos y qué defendemos. Desde esta administración, creemos firmemente que el acceso a la cultura es un derecho que enriquece la vida colectiva y fortalece los lazos sociales, es un motor de la transformación.

La creación literaria es también un ejercicio profundo de libertad. Escribir es habitar con valentía la palabra propia y compartirla con los demás; es abrir espacios de reflexión, diálogo y resistencia. Por eso, en Tamaulipas defendemos la libertad de expresión no solo como un principio democrático, sino como una condición para que las voces de nuestras escritoras y escritores florezcan con dignidad.

Que estos libros circulen, se lean, se quieran y, sobre todo, se discutan. Sigamos construyendo con su palabra un Tamaulipas más unido a través de su expresión cultural y contribuyan a preservar la esperanza como fuente de grandeza del espíritu humano a través de su expresión cultural.

Dr. Américo Villarreal Anaya

Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Desde el Gobierno del Estado de Tamaulipas, la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, celebramos este espacio como una oportunidad para visibilizar el talento literario y fortalecer la presencia de nuestras voces en el ámbito editorial.

Una de nuestras prioridades ha sido construir una política cultural cercana, incluyente y sensible al contexto de nuestras comunidades. Sabemos que la literatura, más allá de su dimensión estética, es también una herramienta poderosa para la reflexión, la conservación de la memoria y construcción de identidad. Apostar por ella es, en muchos sentidos, apostar por el bienestar colectivo.

Por eso, el **Programa Editorial Tamaulipas** no se limita a publicar libros, sino que busca ofrecer una plataforma constante para el ejercicio libre y digno de la escritura, reconociendo el valor de la literatura como una forma activa de participación cultural.

En estos libros, las lectoras y los lectores podrán reconocer elementos que conforman un estilo y una identidad literaria propia de Tamaulipas; ahí reside buena parte de su valor.

Mtro. Héctor Romero Lecanda

Director General del Instituto Tamaulipeco
para la Cultura y las Artes

Corregí mis poemas porque quise ser fiel al poeta que
los escribió, no a la persona que fui.

OCTAVIO PAZ

El placer de escribir.
El poder de preservar.
La venganza de una mano mortal.

WISŁAWA SZYMBORSK

Prólogo

Las clases de religión, en el colegio donde cursé la primaria, fueron mi *Señor de los anillos*^{*}, mi introducción a la mitología y cuentos de hadas. Aunque fui un mal estudiante, era la única clase en que obtenía dieces, sin pretenderlos, eran muy entretenidas, aun cuando las maestras, madres de otros alumnos, no parecían entender lo que decían.

Después fueron algunas canciones, como *El caballo blanco*, de José Alfredo Jiménez, y poemas como «Volverán las oscuras golondrinas...»^{**}, de Gustavo Adolfo Bécquer. Una cosa llevó a otra y en secundaria ya escribía lo que, creí entonces, podían ser canciones al estilo ranchero de Juan Gabriel. Para fortuna de la humanidad, todo ese material se perdió. Aunque, ahora que suenan ciertas canciones en el radio, me da por re-valorar aquellas letras.

En preparatoria compré cuadernos de pasta dura y transcribí algunos poemas y cuentos sueltos, malísimos, según recuerdo, digo «recuerdo» porque hace trenitaitantos años que no los abro, me dan ñañas. No obstante, creo que ahí, al preservar mi trabajo, empecé a tomar con seriedad mi escritura.

^{*} *El señor de los anillos*, J. R. R. Tolkien.

^{**} “Rima LIII”.

En 1994 publiqué mi primer poema, en una revista local de nombre *Exclusiva*. La conservo con cariño porque en la portada aparece mi esposa, entonces novia, que obtuvo un segundo lugar en un concurso de pintura.

En 1997 gané el premio municipal de poesía por el 150 aniversario de Nuevo Laredo, y un segundo lugar en cuento. No debí darle mayor importancia que la que tenía, pero lo tomé como una señal de que debía seguir; por una absurda razón, me dije que, si no figuraba entre los tres primeros lugares, de cualquiera de ambas categorías, era señal de no seguir. No tiene sentido pensar así, seguro me engañaba. Los premios literarios pertenecen al terreno de la subjetividad. Aun con la mejor intención y conocimiento, al cambiar a uno de los tres jurados se puede obtener un resultado distinto, incluso, con los mismos tres jurados y textos, pero en otro tiempo. En cualquier caso, eso sí, los premios son accidentes de la disciplina y perseverancia.

No obstante, no tuve el valor de dedicarme de lleno a la literatura, ni estudiarla, me aterraba fracasar (entiéndase la idea convencional que yo tenía del fracaso). Cuando los escritores nacen dentro de una familia acomodada se presume que la tienen fácil, no se considera la presión social que ejerce su entorno de conocidos, primos y otros familiares “exitosos” que los preceden. Fue un proceso lento el que llevó a mi cambio. Permití que muchos distractores me alejaran de la escritura, pero la vida me dio la oportunidad de reconciliarnos, justo cuando las preocupaciones de antes me resultaban irrelevantes.

El presente libro se iba a titular *Osario de otredad*. ¿Por qué? Porque en mi escritura siempre me escondo en otros, me creo interlocutores o me invento identidades, no sé si para estimular la imaginación o por evitar que mi lado introvertido me bloquee.

Al final quité eso de *otredad*, porque es común que los poetas se oculten tras sus versos. De hecho, toda poesía nos es ajena y personal, no importa quien la escriba o quien la lea. Es ahí donde radica su belleza, en su intento de salvarnos por igual.

Para terminar, comparto este poema de Amado Nervo que estuve tentado a transcribir como única introducción a la presente antología. Gracias.

Miguel Barquiarena

29 de septiembre de 2025

Autobiografía

¿Versos autobiográficos? Ahí están mis canciones,
allí están mis poemas: yo, como las naciones
venturosas, y a ejemplo de la mujer honrada,
no tengo historia: nunca me ha sucedido nada,
¡oh, noble amiga ignota!, que pudiera contarte.

Allá en mis años mozos adiviné del Arte
la armonía y el ritmo, caros al musageta,
y, pudiendo ser rico, preferí ser poeta.

—¿Y después?

—He sufrido, como todos, y he amado.

—¿Mucho?

—Lo suficiente para ser perdonado...

AMADO NERVO

ENSAYO INTRAVENOSO SOBRE EL JAZZ

Premio Nacional de Poesía Germán List Arzubide 2024

Cruz de baquetas y jeringas sobre la lápida de un sueño

I

La música no salva a los condenados, si acaso le pone ritmo a su tragedia. Ni siquiera los coros gregorianos evitan que nos asome Nganga por la lengua. Después de tu sepelio, de acariciar el cristal que te exhibía como una mantis traída de Canaima, me perdí en un cruce de caminos, entre la sangre morada de los mirlos y el ámbar de una ubre de cebada. Te ornamento estos versos, hermano, desde la hora más oscura, esa hora en que el sacerdote, con lágrimas de cirio, castiga su lujuria. Hora en que los muertos del retrato descongelan su sonrisa para entregarse a los rencores. Aquí, donde el humo bosqueja una silueta, hurgo en mi sueño tus escombros:

Cinco seis siete ocho.
Arrancamos con un *big bang* de diamantes
en la trompeta de Louis Armstrong.
Estamos en sus inicios,
en un tugurio de Nuevo Orleans.
Desde la trinchera de la barra le arrojo mi vaso de *whisky*:
«Hey, Pops, no es cierto,
no es *A wonderful world*».
No sabe de qué va mi reclamo,
aún no compone su himno.

«A mi hermano se le enroscó una mamba negra,
sus colmillos le gangrenaron las arterias
a la mitad de sus brazos bateristas,
allí, donde el jazz se licúa hierve y se inyecta.

Hay saxofones que queman, como ese *shampoo* para piojos
que nos echaba mi madre en la melena
y nos descendía por las cienes, con la bilis ocre de la lluvia
que escurre de las tejas
para eclipsarnos las pupilas.

¿Me sigues en esto, Pops? o los dos trompicamos
por los diametrales opuestos de un disco rayado:

Mi hermano se hundió en las plantaciones de heroína.
Blues Ragtime Swing lodazales de melancolía.

Hablo de los extremos que esclavizan
si se provee la dosis justa
para que el resplandor de una estrella
dance en los contornos de la mierda».

[illegible]

II

El sueño sigue, con la densidad con que el aceite descompone en los charcos la huella de las lámparas. Remamos por un túnel de álbumes de fotos y juguetes perdidos de la infancia. Y es tan real, que aspiro el formol de tu embalsamamiento desde esa frontera donde los objetos flotan sin concierto, porque habitan los linderos de otro sueño. Qué fácil, en el mundo onírico, te trasladas de un lugar a otro, mas no puedes desprenderte de tu duelo. Dijérase que ahí va uno arrastrando por las calles a su muerto. Y el *jazz* cae sobre nosotros como tormenta que apaga cruces de fuego. Supongo que eso se traduce en cierta calma. Llegamos a buen puerto:

Reaparecemos en la habitación de Louis Armstrong.

A una palmada de él

la pared se va hacia atrás
el espacio se dilata como vulva sideral
por donde asoma
una constelación de pentagramas.

Al fondo Liza Minnelli en leotardo y sombrero
baila *tap* bajo el azul del reflector
que la sigue
como ojo de un dios tuerto.

Lo de Liza Minnelli es culpa mía, cuando sueño
un pequeño sueño sobre ti
siempre una ninfa se materializa
en su papel de extra por la escenografía.

«Oh, *yeah*» dice Pops.

Luego con un cigarro
a medio consumir
enciende un cigarro nuevo
y agrega:

«No conocí a Faustino Balderas
—supo tu nombre, hermano,
sin que yo se lo dijera—
pero piensa en esto, hijo
—me echa el humo en la cara—:
hasta los ángeles se pierden en la niebla».

III

En la niebla vagan los amantes proscritos, y nos llegan, de lejos, sus aullidos. Es la brasa del cigarro, carnada de nostalgias, que derrite las alas del Tarot fallido. Seguro tú también cargaste en tu equipaje con el fantasma de un recuerdo, al subir al zepelín de tu fracaso. Escribo Fracaso como eufemismo de Destino, al final, todos seremos Orfeo hurgándose la espalda. Por mi parte, destapé la carta del poeta, y reclamé un pedazo de Saturno. «Uno no termina de escribir un poema, lo abandona», sentenció Valéry. Sea este libro mi albergue de poemas huérfanos. Ya el sol se disecciona en la persiana, el sueño, hermano, casi acaba:

Salimos del departamento de Louis Armstrong.
Caminamos por los barrios bajos de Nuevo Orleans
que en unos años quedarán sumergidos por Katrina,
ese huracán que si le cambias una letra
se vuelve Catrina mexicana, en cualquier caso, una cisterna

de muerte mundo acuático de anguilas a través de las ventanas
para bucear entre padrotes, cocodrilos y putas ahogadas.

«Mi hermano se suicidó,
pero sospecho que eso tú ya lo sabes, Pops».

Sí, ya sé, debí soltársela envuelta en una manta
pero, ¿qué quieres?, cuando se trata de tu muerte
apelar a malabares retóricos equivale a jugar
con un cuchillo entre los dedos extendidos en la barra.

¿Eh? Se escuchan unos bongos —¿eres tú, Faustino?—
a la distancia, entre las encinas del sur
y el ciprés de los pantanos,
guardianes del Misisipí que le enjuaga las pezuñas a Luisiana.

En eso, Liza Minnelli blusa de jaguar *leggings* de caimán
cruza Bourbon Street sus tacones agrietan el pavimento
por donde brotan girasoles que se enderezan de un bostezo.

Louis arranca uno que le sube al pecho lo ensarta en mi solapa.
«¿Vamos a culpar a la amapola de su aroma?» dice
y me aprieta el brazo por donde pasa la vena media del codo.
«El mundo en sí es maravilloso,
tanto que le duele a uno destetarse de sus viñas.

Ahora duermes
en cenagales de tormento.
Despierta, hijo, que están dándose las uvas».
—otro chasquido—

y abrí los ojos.

Improvisaciones

1

Gracias a Faustino
aprendí a no escuchar *jazz* por las mañanas,
tiene el sabor de la cerveza rancia.
Tiene el encandilamiento de la iluminación
del bar cuando se cierra la barra
y las zapatillas de Cenicienta se confunden en el suelo
con los cristales de las copas estrelladas.

2

El *jazz* es el trinar de apareamiento de los *nicotinos nocturnus*,
unos pajarillos de humo que habitan en la poesía *beat*.
Los veladores de las bibliotecas los han visto revolotear por los
estantes, vienen y van, de un poemario de Ginsberg a uno de
Kerouac.

3

Destruyó su violoncelo para hacer una fogata
y arrancar de tajo el recuerdo de la mujer
que ahora cubren otras sábanas.

...y en el crepitar del fuego
las brasas tocaron Para Elisa.

4

Qué sería del cine de los 70s sin el *jazz*,
de la lencería de Sophia Loren,
sin esa trompeta que serpenteaba por sus piernas
al caer la falda, dosificando la gravedad,
mientras desabrochaba las ligas de las pantaletas.

6

¿Por qué el acto de pegar los labios a la trompeta
no califica como un beso?
Porque entonces besaríamos cuando bebemos
y brotaría música de la otra piel
cuando mordemos.

7

A los gatos *jazz*, igual que a los incestos monárquicos,
también les corre sangre azul.
Un azul desesperado como cielo de Arles de Van Gogh.
Un azul aceitoso como el detergente líquido
con que se limpian los retretes.
Un azul que se quedó a una nota de ser negro.

8

El *blues* es un hospital donde no se cura a los enfermos
ni se les suministra anestesia.

En cambio, se les acoge, se les hermana en la tragedia
como soldados rotos que vuelven de la guerra.

9

Si Dios amara tanto el *ragtime* como a la heroína
descendería en un *zeppelin* en llamas
sobre la Gran Manzana
y usaría el Empire State Building
para darse una arponeada.

12

Aprendimos a bailar
descalzos

sobre estrellas
que explotaban en los charcos
donde caían atrapadas
tras la lluvia del verano.

Entre el *blues* y el *jazz* hay un puente colgante
hecho de torsos negros
que va de África a América
como el moco de un dios idiota que juega a extenderlo
al límite de sus posibilidades
y se mece, inconsciente de su ritmo.

El jazz y los gatos

Cuando de niños veíamos la caricatura de *Los Aristogatos*
y empezaba el número de los gatos *jazz*,
saltábamos en los sillones con algún instrumento invisible,
yo más por imitación, en mi instinto darwiniano
de mantener el vínculo de complicidad con mi hermano mayor.

Por ahí quedaron tres dientes de leche y mi risa ensangrentada.
La pasaba bien, no cabía queja en la oquedad de mi alegría.
Vivíamos en ese reducto de la infancia
donde nadie que conociéramos se había muerto.
A veces buscabas a la gata para alzar sus patas delanteras
y la hacías bailar de mala gana,
sin entender, la bruta, que la festejábamos a ella.

Otras, bajabas y subías el interruptor de la luz
para crear un efecto intermitente al ritmo de la música,
mientras, en mi lógica, me movía en “cámara lenta”.
Más de una vez tronaste un foco.

♪*Todos quieren, todos quieren, todos quieren ya ser gato jazz*♪

Entonces no sabía
que era Tin-Tan el que cantaba en el doblaje en español,
como también ignoraba

lo que crecía en tus entrañas,
las ansias que te provocaba el saxofón.

Y todavía me pregunto
¿en qué demonios pensabas
cuando terminaba el número
con la luna llena junto a la Torre Eiffel
y ese electrizante marco azul
(el color de la noche según Disney)
que se nos venía encima
desde los callejones de París?

Revelaciones

Lector, ahora va a usted a ponerse en mi lugar,
sólo en este poema,
que conecta con la última sección del libro.
Empatía, la llaman, pues le pido una pizca de eso.

Bien, usted va, voy, vamos por la calle.
Es un día espléndido, mas, en el multiverso de la cuántica,
la Muerte, como el coyote de las caricaturas,
coloca trampas ACME en cada esquina.
Posibilidades de morir que no han de concretarse
(al menos no para nosotros).

¡Alto! ¿Qué ha sido eso?, ¿un trueno?
Ese rugido que queda tras el relámpago,
flash de la cámara fotográfica de Dios
que agrieta las nubes
por ahí, por donde se filtrará la lluvia.
Pues nada, no ha sido eso,
hoy hay un cielo hasta de aeroplanos despejado.

Ya lo tiene, lo tengo, lo tenemos: fue un disparo,
y vino de aquella ventana,
esa, a la que se le deshojaron los gorrones.

No se alarme. Manténganse en mis zapatos, ¿quiere?
Y vamos para allá.
No está de más recordarle que se encuentra en mi poema,
conque ¡ea, acelere el paso!

La puerta... pateémosla.
La cortesía no aplica en estos casos.

Una nubecilla de pólvora. Bocanada de humo
donde se condensa el espíritu.
Qué frío, caray, qué frío.

¡Allí, en el sofá! Ese es Faustino. Ah, mi hermano ha muerto.
¿Por qué no me sorprende? Usted tampoco se sorprenda.

Tiene los ojos abiertos como los peces
que reposan en alfombras de hielo en los supermercados.
Los peces no tienen párpados, no crea que lo olvido,
mueren con los ojos fijos en su asesino,
ese pescador que los extirpó del mar directo al barco.

¿No lo parece? Vaya al supermercado
y diríjase a la sección de mariscos y pescados.
Véalos a los ojos, véalos hasta que le hablen
de ese atardecer rumbo a la costa,
de la vela extendida contra el ocaso de gaviotas.

No quise desviarme, disculpe usted,
me cuesta enfocar la muerte del hijo de mi madre.
Estábamos en la sala, estamos, caray,
estamos... sí, nosotros estamos, porque él ya no:
frente al cadáver de mi hermano.

¿Debiéramos quitar la aguja del tocadiscos?

¿Es válido el minuto de silencio

ante un músico muerto?

Vea usted, yo lo decía

porque todo *jazz* es fúnebre si la escena lo amerita.

Charlie Parker, variaciones sobre un cumpleaños

Cuando el médico forense examinó el cadáver de Parker
le calculó entre cincuenta y sesenta años
bastante bien vividos, por cierto.
Progresiones de sexo, alcohol y drogas no faltaron.
Por ahí quedó registro de dos intentos de suicidio,
un infarto al miocardio, sin olvidar
el colapso mental que lo confinó medio año.

Cuando descubrió la cirrosis hepática
que desplumó al Yardbird de Kansas,
el médico la usó como excusa para justificar su desatino
sobre la edad que redactó en el acta.

Charlie tenía treinta y cuatro años cuando cayó el telón.

Del Diablo y Mr. Johnson

(Debiste escuchar la leyenda del joven negro que salió de las plantaciones y se encontró con un caballero que le afinó las cuerdas de su guitarra, como si asfixiara serpientes traga-ratas. Así inició la revolución rítmica que rodó hasta los Stones. Y aquel caballero sólo le pidió al joven que le mostrara un poco de simpatía... ah, casi lo olvido, y su alma en un colmillo de caimán.)

Los jazzistas aspiran a tener el alma poseída de Robert Johnson. Uno los imagina encerrados en su cuarto, dedicados a la improvisación que se vuelve regla. Oh, no. Fuman mientras su alma vaga con los tenis rotos por parajes despoblados, en busca de un cruce de caminos donde toparse con el Diablo, para firmar un pacto que les haga visible la melodía que se fermenta en las botellas.

(Hasta en los golpes del carnicero, que secciona en bistecs a una vaca, se puede detectar un ritmo cuando el Diablo te destapa los oídos.)

El *blues* es también es una forma intravenosa de vagar en el Infierno (vivir: primero la herida, después la cicatriz). Cuando se retorna, con llagas en los dedos, es más fácil exorcizar al instrumento.

El alma como moneda de cambio. A veces, veintisiete años de vida son suficientes, cuando se pasea, digamos un trienio, la eternidad entre los dedos.

(_____)

Me costó aceptar que te suicidaras de un disparo.
No me malinterpretes, tu suicidio era inminente, hermano.

Pero pudiste morir como Seneca.
Abrirte las muñecas de las manos y, en lugar de sumergirte
en la tina caliente, sentarte a tocar la batería
hasta que te venciera el cansancio.

O pudiste tocar una trompeta en la madrugada
por callejones con fogatas en los tambos,
para que te siguieran los poetas *beat* de Nueva York
como ratas por las escaleras de emergencia
del edificio Chrysler,
para saltar con ellos al ritmo de un *jazz* desencantado.

O pudiste atar un piano y subirlo a la rama de un árbol
sujeto a un yunque del otro lado,
ponerte abajo y dispararle a la cuerda,
seguro así acabaría con su caricatura
un gato *jazz*
si filmaran una segunda parte de *Los Aristogatos*,
(bueno, con siete vidas
uno puede ponerse bastante creativo a la hora de matarse).

No sé, hermano, o quizá pudiste no quebrarte,
en todo caso, aguantar,
como esos muertos vivientes que penden,
de lunes a viernes, en el vientre de los *subways*.

Esto no se acaba hasta que la dama gorda cante

Tenías algo de Thelonious Monk
que se recluyó seis años a esperar la muerte,
tan deprimido que nunca puso un dedo
en el piano que fue su celador.

También tenías algo de Lester Young
que se encerró a beber
hasta el final, acelerando el proceso,
con una lista de nombres
(muchas veces con razón),
para culparlos de su falta de reconocimiento.

Y no tenías nada de Ella Fitzgerald.
Ni su voz, ni su conciliación con la vida,
que se le iba en pedazos y sonreía.
Sin piernas, sobre su silla de ruedas
recordaba a su amigo en el jardín, y se decía:
«En qué mundo tan maravilloso me tocó vivir»

De Monk algo, de Young también,
pero no tenías nada de Fitzgerald,
salvo algunos vinilos
y el recuerdo de una noche
que estuviste de lo más divertido,
lleno de planes,
en que bailaste con Violeta
hasta sentir calambres,
esa su canción *It's only a paper moon*.

SIETE POSTALES ROTAS

Premio Internacional de Poesía Bitácora de Vuelos 2023

Postal 1

-Nueva York, Estados Unidos-

EDWARD HOPPER Y EL AISLAMIENTO CITADINO

Ventanas

Patear latas por la noche de Manhattan
—entre edificios que me ocultan de globos aerostáticos
y otras formas
de las que tiene Dios para mirarnos.
Edificios con luciérnagas que ordeñan sus ventanas
donde los vecinos posponen el suicidio
y se fuman las nostalgias—
es como andar por la encrucijada
de tu tráquea
y ver los destellos cristalinos que te matan.

Mujer al sol

Edward Hopper toca la puerta del edificio de enfrente
del apartamento que da justo a su estudio.
Lleva un maniquí femenino (sí, los maniquís tienen género)
desnudo, bajo el brazo.
Le pide permiso a la propietaria
de colocar el maniquí en su ventana.

Edward Hopper vuelve a su apartamento.
En tanto, la señora telefonea a su esposo
para advertirle de la exhibicionista
por si le llegan rumores,
que no es ella, que no se ha vuelto loca.

En su estudio, el pintor no pinta, ni siquiera tiene un óleo.
Sólo enciende su pipa
y observa
cómo las nueve de la mañana, esa hora voyerista,
le baja a la modelo por el torso.

Domingo por la mañana

Nadie hará un recuento de los poetas muertos.
De los poemas inéditos que los hijos tirarán a la basura
anticipándose a la fatiga de perseguir editores
con la certeza de que su padre era un amargado sin talento.

Un hombre sencillo vivía en la calle 34 de Hell's Kitchen.
Se volvió licántropo bajo la luna de la claraboya
en su cripta, rodeado de papeles, libros y anémicas revistas.
La diferencia entre un acumulador y un coleccionista
es que el segundo tiene espacio para ampliar su biblioteca
y dinero para contratar un ángel de chamorros alpinistas
para que, con sus alas, sacuda el polvo de los días.

Amanece, Nueva York bosteza por todas sus cloacas.
Una luz sepia se cuelga por las cortinas rotas
de guetos para negros y latinos, en las calles de Hell's Kitchen,
que ya se meten en su *jumpsuit* naranja
para salir a recolectar los poemas desterrados
que vibran en los basureros, a un paso de la gloria,
como la epidermis que abandonan, en su muda, los insectos.

Y los barcos entran a la bruma igual que si se hundieran en
[el Hudson.

Cuatro piezas para subrayar el aislamiento

Ha empezado a leer un poema interactivo.

A partir de este verso será requisito que imagine
cuatro postales de Edward Hopper,
aquí en la hoja en perfecto equilibrio.

Tienen que ser de personas solas en su recámara
con la mirada perdida en la ventana,
 desnudas o cabizbajas.

¿Ya?

Ahora seamos un artista postmoderno
 que interviene las pinturas.

Previo recorte a escala
injerremos un pulpo contrayéndose en la cama
de esa mujer sentada
que criba en su entrepierna el sol de la mañana.

Ésta otra, que alimenta a su máquina de coser
con la insípida proteína
 de un vestido de novia,
digamos que confecciona bozales para ranas.

Una gallina degollada en el escritorio de aquel tipo
 que escribe una crónica sobre la isla Hart
y el ferri bombardeado por gaviotas
 de los muertos que zarpan a la fosa.

Acá tenemos una pareja,
una excepción a la idea original,
porque a veces la soledad
es un grillete para dos tobillos.
El marido lee en el periódico
acerca de la saturación hospitalaria;
ella presiona, entre pausas,
la misma tecla del piano.

¿Qué hacemos con ellos?

Ah, lo tengo:

dejemos una pistola en la mesa
y salgamos en silencio.

Chop Suey

Chop Suey ha vuelto a abrir con la mitad de sus mesas.
He aquí la mecánica angular para trazar un luto
a los ancianos jubilados que robaban sobrecitos de azúcar
y se sorbían las horas, en el aflojar de sus mandíbulas,
discutiendo sobre política y crímenes perfectos.

La cafetería emula a los bomberos de la Gran Manzana
que echaron ramas con espinas en las bancas del Central Park,
táctica que redujo a sus cazadores de ocasos
a masoquistas y mártires en proceso de canonización.

A ratos, las ambulancias manchan de sangre
las ventanas de Chop Suey, en tanto,
la tierna normalidad recomienda abismar una silla
para que el fantasma de la enfermedad se siente
a jugar piedra, papel o tijeras, mientras
las hermanas hacen un recuento de los pares de sandalias
que, sin un adiós, dejó su madre
antes de volar sobre las buganvillas del balcón.

Tras la primera ola que inundó las calles de Times Square,
Chop Suey enciende el neón de su letrero
como un faro en la niebla en busca de sobrevivientes
dispuestos a palpar, de nuevo, los objetos.

El guante aún en la otra mano
nos advierte que a esta mujer
no le apetece el mínimo contacto con el mundo.

¿Cuántas avenidas vacías caben en una taza de café?
Tal vez ella lo sepa.

Nighthawks

A una enfermedad que migra a Nueva York
como primera residencia en América
se le puede criticar de todo,
menos de no ser cinematográfica:

es una noche de *film noir* para salir a ligar,
para quitarse los audífonos
contra el ulular de las sirenas.
Deslizar el picaporte y abandonar el cinturón de castidad,
como gárgola sedienta
asomando su rabia entre cornisas.

Romper los listones amarillos de la escena criminal
(tan escandalosamente frágiles,
que más parecen una invitación):
una ladrona de espasmos
que esquiva cuervos y policías
para llegar al *dinner* de la esquina.

Nunca los encuentros con extraños tuvieron tanto sentido como ahora

que pocos andan afuera.

Y para mayor afrenta: mi vestido rojo

como una mujer que se declara en huelga
contra los monólogos.

Ligar equivale a buscar un pulso en los escombros
de esta Babel suspendida,
Babel de soledades que se escurrían de la cama
para disfrazar su soledad en el armario
y así viajar en el *subway* junto a otras soledades.

La luna ponchada, que pende del edificio Chrysler
como reloj de Dalí,
eclipsa el celo de las bestias.
Habría que sumar a eso
la variación de esta vida en las trincheras
y a mi contraparte se le restan
las posibilidades.
Salvo que alquile besos en preventa
de vampiras esquineras.

Ah, sería bueno rastrear la aureola de mercurio
de otro espíritu prófugo
que canceló su apocalipsis.

No esos sacos rotos de Wall Street
que siembran sogas en el puente de Brooklyn.
No esos veteranos, discos rayados,
atrapados en el tercer vocalista de Van Halen.

Alguien con un boleto de lotería en la cartera
para jugarse la próxima semana.
Que evoque en mis ojos su primer fracaso
—y todavía sonría al acercarme el fuego—.
Con la Fay Wray de sus anhelos
convulsionando en el puño
del King Kong de sus miedos.

Gas

Si nos remitimos al asfalto de la palabra Náufrago,
en un sentido estricto,

aislado de metáforas,
todos somos náufragos
en lo individual y colectivo.

Todos hijos de la sal y del exilio.

Siempre desprendiéndonos
de la ropa de la casa del trabajo
de otros cuerpos
y de relojes tullidos.

Una estación de gasolina en las afueras de Nueva York
nos coloca ante el espejo retrovisor
de nuestras ilusiones autoestopistas.

Todos somos hijos de alguna cuarentena.

La vida en el parpadeo escarlata
de un semáforo
—Cíclope capturando ovejas que lo cruzan—,
por tomar la intersección
que desdobló la otredad que nos habita.

Las líneas discontinuas sobre el pavimento:
migajas que Gretel arrojó desde la moto
abrazada a Hansel por el torso.

Entre los pinos junto a la carretera
se oculta una tumba improvisada
—de aquello que no fuimos—,
bajo la alfombra de hojarasca
y en la estación de gasolina
el logo de Pegaso con sus alas ironiza.

Anochece tras la curva una ciudad en llamas:
ni un par de faroles
hace cambio de luz o suena un claxon.

LA CAZA DEL FALSO MÉDICI

Premio Nacional de Poesía Ydalio Huerta Escalante 2022

Redada en primavera

I

La ventana de la celda donde te confinaron, en tanto corroboran tu identidad, asoma al Puente Vecchio. De sus entrañas nació la palabra Bancarrota. Si un vendedor del puente no pagaba los impuestos, allí mismo se le quebraba la banca donde colocaba su mercancía. Ahora está solo, parece un despropósito que se eche sobre el Arno a estropear la vista. Si tu existencia fuera una banca la partirías con un mazo, y sus pares de patas serían tu yo dividido, alas rotas, pasado-futuro, ambos empinados, besando con sus astillas el rastro en el lodo de otra vida en libertad. Y la noche se inflama.

En dedos de mármol terso madura la venganza:
la cabeza de Goliat

rodará los peldaños del patíbulo.

Al acecho de las lobeznas nubes de tu cautiverio
Florencia parpadea en cada lámpara.

Luciérnagas migrantes abaratan el comercio de la carne:
su piel de ébano contrasta con la fluorescencia
que ahueca la noche en el marco de las puertas.

Los rezagos de la lluvia se desangran de las gárgolas
para surcar las callejuelas empedradas
—aquí comienza Vivaldi: Sonata para chelo en RE menor—.

A estas horas el Gran Ducado huele a cicuta y redención.
Seneca se recuesta en una tina de sangre.

La Venus de Botticelli deja de censurar su pubis
en descarada provocación al guarda nocturno del Uffizi.

El pan de ajo que habrá de bautizarse
en el aceite de oliva de cada mesa de cedro:
entra al horno —son las cuatro de la mañana—.
Una niebla malherida se arrastra por la plaza.
El humo del incienso, apenas una soga
huérfana de Judas

sin cargos de conciencia,
serpentea el Atlas de Galileo en la Santa Croce.

Una madrugada así, como ésta,
nacerá el Anticristo.

II

Las rejas tras el cristal de la ventana diseccionan tu vista. Se te ocurre que es la ciudad la que está presa, privada de ti. Hace unas horas, Florencia se te abría en pasadizos alquimistas, en intermitencia de faroles, trampas de fuego para hadas, que te guiaban al resplandor de tu morada. Hace unas horas, chocaste copas en tu restaurante favorito. Hiciste planes, para el fin de semana hundir los pies en la resaca y dibujar el atardecer de Portofino. Ahora sabes lo que siente un mirlo cuando se cierra la jaula tras el alpiste que lo invitó a pasar. La ciudad se encoge en una esfera que se agita. Y la noche se desgaja.

La Toscana carece de los escarpados riscos de Liguria
desde donde se ven zarpar los barcos,
caricias que prometen un rostro anónimo al suicida
al fondo de los molares de las grutas
donde laboriosos se aferran los cangrejos odontólogos
a extirpar, de las rocas, las caries de moluscos.

Exquisita Florencia, donde las ratas del corredor turístico
tienen mejor dieta que un ramillete de poetas del subsuelo.

De aquí en línea, en la biblioteca florentina una soprano
dentellea encuadrada en un manual para cazar sirenas.

En el cajón de una fonda los cuchillos sueñan
que mutilan un kilo de cebollas.

Los dioses desmembrados se gestan en la arcilla
de la placenta del taller de algún artista.

Como una procesión de monjes en saltimbancos
un horizonte de estalagmitas de cipreses
se acerca al caserío
y ahuyenta la tibia sombra de los gatos.

III

En los límites de Florencia, donde Dante extravió sus huellas,
bajo una bóveda de mármol, un sol renacentista esculpe el
nuevo día. Amanece y no venciste el insomnio. En los arcos
de tus ojerías se tensan los escombros de la vida que inventaste,

mientras echas una última mirada a las tejas de terracota que escaman la comarca. Tienes algo de Odiseo remando en mar abierto, mientras Tlaloc sacude su barca en la tormenta. Casi lo logras, un poco más y se olvidan de ti. Necesitas un hijo rulfiano para enviarlo a decirles a los carabinieri que tú eres ese que buscan, que estás cansado, que ya pagaste, que no te extraditen.

La ciudad, que antes flotó como una bestia mansa
que permite que la luna le sobe el domo,
desciende.

Con el azul-violeta las galaxias de uvas,
que la han sitiado
desde las colinas: volverán a arder.

Y las zorras, todas las pequeñas zorras, huirán a su oficina.

Cuando los pinceles de la aurora
detallen bajorrelieves y cornisas
se extrañará una placa que diga
en oro: aquí pasó la peste negra.

Las campanas de Florencia se sacudirán los gorriencillos,
flechas aladas que irán a ensartarse en las marismas
engusanadas,
como rencores que se oxidan,
y se arrastran a morir al Orbetello.

Ahora que revienta el alba, un ángel de da Vinci
comparecerá ante ti, furtivo,
como lágrima que agrieta
el rostro del que aguarda a un desaparecido que se añeja.

Refulgente,
con una Beretta persignará tu cabeza:
Hasta aquí hemos llegado, Medichione,
hasta aquí.

Las losas del Vesubio

Tras el biombo de la madrugada
se desnuda la aurora
de su bata de nebulosas y cometas.
Un tren modorro
—con ultrajes de aerosol
por truncos muralistas de academia—
estira sus vagones de acordeón.

Así, al amparo de túneles y pinos,
en pesquisa de las ruinas de Pompeya,
abandona Nápoles
don Massimino.

Su guía personalizada algo le comenta
al señalar un perro de azulejos
plasmado en las inertes calles de Pompeya.
En tanto,
él calcula a la distancia
el desembolso necesario
para adjudicarse una parcela.

Al visitar los prostíbulos
petrificados de Pompeya
lo magrea el murmullo espectral de las orgias
y acaricia la trayectoria imaginaria
de un *coitos interruptus*
mientras, para sus adentros, tararea

una canción de su paisano Cucú Sánchez:
de piedra ha de ser la cama,
de piedra las cabeceras...

Al final de las casas de jardines,
intacto, se yergue el anfiteatro.
(Ah, si algo sabían los romanos
es que el pueblo quiere circo)

Su guía le explica que la antigua ciudad
soportó tres guerras,
dos terremotos y,
cual tiro de gracia,
la investida de un volcán.
Medichione le sonríe,
en busca de contubernio, al rostro
de una mujer de Lot petrificada.

Le consta
que en Tamaholipa
hay municipios que aguantan mucho más.

Las cigüeñas

Vas a rentar un coche tan diminuto
que en lugar de estacionarlo
lo querrás guardar en tu bolsillo.

Harás tres cuartos de hora de Fermo a Macerata.
La ciudad estará tapizada de nieve.
Mantos de escarcha, uno sobre otro,
como capas de lasaña,
van a fundir el cuarzo del Monte San Vicino.

Ese edificio en las afueras, de ladrillos sarrosos,
con las ventanas tapiadas,
no hace mucho fue una fábrica de calzado.

Adentro, las máquinas de coser sobre las mesas,
alineadas como columnas de soldados,
esperan, desde hace cinco inviernos
que un velador, frotándose las manos, baje la palanca,
criben las lámparas con su luz las telarañas
y se desate el golpeteo.

Probarás la resistencia de tus botines Ferragamo,
tus huellas en la nieve van a rodear el edificio
como si buscaras los vestigios de una tumba,
o pedazos de cobre que la puesta del sol
desgajó del otro lado.

Va a oscurecer temprano, ya lo mirarás.
Será como si las montañas se alejaran tras la bruma
y el mundo te dejará solo.
En eso, tu mirada escalará por la pared
 hasta un enorme nido de cigüeña
—al menos más grande que tu coche—
 que corona la boca de una chimenea.

Presentirás que la fábrica de calzado fue una excusa,
que, en realidad, el edificio se construyó
para que un concubinato de cigüeñas
 instalará su hogar en lo más alto.

Las aves ya no estarán en Macerata,
migraron en otoño con sus crías, volaron
sobre las catedrales góticas de Europa
hasta los domos de las mezquitas africanas.

(Sabes, hasta hoy nadie ha robado un banco
con botines Ferragamo. Los criminales ignoran
lo bien que se adhieren al concreto, Medichione,
cuando hay que doblar la esquina en plena fuga)

Para el solsticio de primavera volverán las cigüeñas
a morir donde nacieron, como regresa el criminal
a tallar con estropajo la sangre seca de su víctima.

(Los administradores de los tesoros del pueblo
pertenecen a la familia de las aves migratorias)

Un nido de cigüeña en abandono
sobre la chimenea de una fábrica.
Pensarás que era tan fácil ser feliz
que te van a dar ganas de llorar.

Penne alla puttanesca

Sus contactos del hampa le envían una bambola.
Imberbe: aún no se curte en las nostalgias.
Lejos de la pisadora de uvas del imaginario colectivo
—homenaje campirano a las caderas de la Loren—,
esas hembras de las viñas que requieren cierto peso
para moler el néctar al ritmo de una tarantela.
Don Massimino recuerda que las tuvo por cientos
cuando era el César de las planicies del Golfo.
Actrices, politólogas, edecanes, gallinas pechugonas
prestas a empinar el pico
al derramar las migajas de su influencia.
A veces, incluso a veces, le pareció que los señores
empujaban contra él a sus esposas
a un minuto de reventarles el escote.

Ahora, lejos de aquellos Campos Elíseos,
en su agrio anonimato por metrópolis renacentistas,
expuesto al contagio de la refinada arquitectura,
le apetece un mozo al dente de facciones equinas
y, de ser posible, con el torso del David de Miguel Ángel.

Un bambino que quiebre el molde y baje del Bernal,
que esboce en sus ojos el atardecer de la Toscana.
Sí, un David que descienda del Cerro del Bernal
tras detener con su honda a un escuadrón de la CIA.

Ah, cuánto habría de gozarlo,
convertiría en guirnalda su corona de espinas,
aligeraría el paso por la vía dolorosa de su exilio.
Al fin aquí es otro,
ha usurpado el nombre de una lápida,
otros pueden ser sus embelesos.
¿Cómo lo llaman sus camaradas del congreso?,
oh, sí: *Bocatto di cardinale*.

La bambola, desnuda y de arrodillas,
inicia el lenguaje universal entre sus piernas.
Medichione cierra los ojos,
en su mente cabalga, a puro pelo,
por un horizonte incierto.

Festival de los canales

Oleajes del Lido contra el lienzo del crepúsculo
difuminan el puerto de un violento impresionista.
Seducido por la reina del Adriático
un borracho alimenta a las últimas palomas,
entre ellas,
una en su hombro le sentencia: ya vienen por ti.

El firmamento es un domo azul profundo
de medusas luminosas, batalla
lejana que palpita imitando telarañas
de luciérnagas
que se descuelgan de los arcos de Venecia.

La estatua de un león alado lo acosa
desde la cornisa de los techos
de este festivo laberinto, señalando,
con su espada, un libro de mármol
y podría jurar que deletrea: ya vienen por ti.

Medichione, briago en oscuros pasadizos,
tras cada máscara presiente
que un agente de Interpol se cierne.

A trompicones huye entre disfraces
cuando un usurero le ofrece un Rolex
a cambio de una libra de su carne.

La mímica de un tambaleante arlequín
le advierte, desde un rincón
lúgubre de la fiesta: ya vienen por ti.

En su delirio aborda una góndola
para poner distancia al ajetreo.
El agua serena refleja las brasas:
anémonas del mar volcado
que incendian la cúpula del cielo.

Y se pregunta: ¿tendrá el rostro de Caronte
este gondolero al que le doy la espalda?

¿Así se desvanecen los faroles de Venecia
adentrando en las tinieblas de Aqueronte?

Al cruzar el Puente de los Suspiros,
última postal de la ciudad para los reos
que iban a morir decapitados,
un pez asoma a la superficie para calarse
una bocanada de resuellos de extravío
que descienden de la plaza de San Marcos,
y pareciera que le dice, muy quedito:
ya vienen por ti, don Massimino.

Il Bargello Pizzeria

No lo sabes, pero acudes a tu última cena
al abrigo del estatus ambiguo
que millones de criaturas compartimos,
ese hueso de aceituna que llamamos libertad.

Media docena de Judas
firmaron un pacto con el diablo
de pentagramas y franjas
para entregar al falso profeta
de aquellas elecciones
en que te ungiste el elegido.

Ya están aquí los heraldos de hielo,
sobrinos del tío Sam que defraudaste.
Y tú no tienes un Monte de los Olivos
donde echarte a llorar en tu destierro.

Te ubicaron con las manos en la rebanada
de pizza que doblabas como taco.
Apenas salgas del *ristorante*,
te seguirán los sabuesos de Florencia
en tu caminata por la Piazza della Repubblica
hasta cruzar la Piazza della Signoria,
donde te gusta detenerte a oler esa carreta
tupida de cabizbajos girasoles
que, te jura el vendedor, los han cortado
apenas esta mañana en el Valle de Orcia.

Más adelante pasarás bajo la mirada de Hércules,
de Caco y de Perseo, derrotados por Medusa,
que discretos escanearán tus señas particulares,
en tanto, la *polizia* da cuenta digestiva de tus pasos.

Hoy los tulipanes, tan insolentes de colores,
que adornan las macetas de la Via dei Calzaiuoli,
pareciera que si les cortas el nimbo sangrarán.

—Disculpe, ¿es usted Massimino Medichione?

La caída

Si Augusto sembró sus jardines de eucalipto
en la cima de Capri, para ver desde su floresta,
al descender la tirrena mantarraya,
el turqués bostezo de las cuevas,
fue porque no conoció el Cielo de la Huasteca.

Te van a culpar de todo, Medichione,
desde la mala cosecha del sorgo
por las chinches del barbecho,
hasta de las fisuras del Palacio de Gobierno.

Los que compartieron contigo la sal y la pimienta
se lavarán las manos con el llanto de tus víctimas.

Tus apóstoles y prestanombres
van a comer gallo asado antes de que amanezca.

Cría cuervos
y se harán testigos protegidos.

Y la solemne muchachada del congreso
—sin pecado consabida—, clamará por justicia
desde la comodidad de su curul,
hasta que les sangren las encías.

Te van a culpar de todo, Medichione,
de los baches de siempre,
las moscas de mayo, la falta de puentes
y las goteras del teatro.

Si Augusto lanzó sus huestes
a la conquista de Ponto,
fue, quizá,
porque nadie le habló de Corpus Christi.

I

Todos tenemos un doble que, mientras leemos un libro, camina por las calles de Florencia. Un usurpador de gestos que se incendia las pestañas, con el rescoldo de la tarde, en el Puente Vecchio, mientras los carniceros echan al río las vísceras de los borregos.

Ese otro del que Octavio Paz logró escuchar, quizás en un viaje a Florencia, una noche de octubre, a orillas del Arno, sus pasos resonar entre la niebla.

Un doble que desciende por los vericuetos de Florencia al barrio Oltrarno, donde los artesanos avergüenzan la tradición renacentista que les heredaron sus artistas. Un doble que compra, con monedas falsas, un crucifijo de madera tallado en dos piezas, y se pincha, en lucida premeditación, con su corona de espinas, para que del otro lado del mundo sangremos de la mano.

El otro de Rosario Castellanos, que se bebe de un sorbo tu dotación de alegría, tu mitad de miedo, tu porción de uvas en el año nuevo. Que moja sus dedos en la fuente de Neptuno, en el centro de Florencia, en tanto tú ves la lluvia en la ventana. Que mientras escuchas un piano en tus audífonos, él es pianista en una taberna de Florencia. Que te hace fumar, aunque no quieras. Ese que te suprime y te suplanta, que vacía los barriles de tu cava, del closet las corbatas y, sobre la charola, abandona la mitad de tus desvelos.

II

Todos tenemos un doble que sueña con nuestros pasos, que cuenta cada golpe de cada pisada que gastamos en un día y, cuando dormimos, abre los ojos para salir a caminar la misma cantidad de pasos, por la Via Tornabuoni de Florencia, hasta doblar en el barrio San Ambrosio. Por cada tropiezo tuyo, otro tropiezo. Y tus insomnios, son amaneceres en la Piazzale Michelangelo viendo, entre tinieblas, bosquejarse los pezones de Florencia.

Ese otro yo como el doble de Borges, del que a Jorge Luis le llegaban noticias por correo, o lo presentía, durante uno de sus viajes, sumergido entre las páginas de un periódico, leyendo, casi ciego, al cruzar por una cafetería de Florencia.

Ese otro que transborda el tren de tus pesadillas, que por un onírico error toma tu valija, pasa la aduana de Orfeo y despierta en tu cama. Unos segundos de confusión, los mismos segundos que tú descienes en la terminal de Florencia, aferrado a su sombrero.

¿Quién será ese otro con tus cicatrices y lunares? Ese del que divagó Dulce María Loynaz. Esa posibilidad que navega las arterias del tiempo, la vida paralela en el imaginario individual, que envejece con tus años, la duda del hubiera, el extraño que pudo ser de no haber sido el que fuiste, mamándote la bruma, tan lejos de Florencia.

III

Ese mimo florentino que te copia el ritmo, del que Roberto Juarroz trató de prevenirnos. Tú eres ese doble, el que robó el nombre de otro, su edad y señas particulares. Cambiaste las piezas del rompecabezas, para que él muriera tu muerte, mientras tú trastocabas el orden de su agenda.

En un álbum hay una foto donde aparecemos con gente de otro tiempo, en una ciudad que no reconocemos. Todos tenemos una lápida con nuestro nombre, un pasado que se entierra como un capullo de crisálida, deshecho entre la grieta de granito, en algún cementerio de Florencia.

La otra amiga de Alfonsina Storni, prospecto de parásito que aguarda el desprender de la aceituna. Que anhela suplantarnos, cosechar lo que sembramos, quedarse con tus libros, acostarse con tu esposa y sentarse a la mesa con tus hijos; aquí eres tú el que se desdobra y te robas a ti mismo la vida que planeaste. Lienzo que se blanquea y se retoca. Apenas queda una proyección difusa, como un abrigo con los bolsillos rotos que te sienta grande; en tanto, deambulas por el Jardín Boboli de Florencia, y a los rostros esculpidos, que resguardan la boca de las grutas, les da por imitar tus muecas.

Réplica. Falla cuántica. Injerto. Distorsión que duplica imágenes y las transfiere a Florencia, donde unos turistas han creído reconocer tu perfil a la distancia. Pero no, no puede ser, tú estás en otra parte, tú no habrías desviado, displicente, la mirada, para perderte entre la gente. Además, hay algo en ese otro que no es propio de tu aspecto, que no usabas tú la última vez que te vieron.

POEMAS QUE HUBIERA ESCRITO BOB DYLAN

Premio Nacional de Poesía Amado Nervo 2019

Lado 1: Fuera de registro

Poemas que hubiera escrito Bob Dylan a manera de respuesta a esas preguntas que se quedan flotando, rellenas de helio, en las ruedas de prensa.

¿Cómo fue crecer en una pequeña comunidad judía?

La historia es simple, mi madre fue Polonia y mi padre fue Hitler. No hay nada de particular en eso, un cuerpo anexa a otro y le clava su apellido. Lo que sigue es romanísimo del cretáceo tardío, o estupro, según las leyes del Estado. Shakespeare inventó lo que los argonautas llama Amor, pero las brujas del barrio negro lo elevaron con su quiebre de cadera. Toda música que no es *jazz*, tiene lagañas de Oteló en la mirada. Un candelabro de siete cirios alumbró mi casa. Fue en la secundaria, cuando pude ver más allá de unas calcetas largas. A la una de la madrugada la noche aún no se cuaja, igual que un bostezo de crisálida.

¿Escuchas las trompetas? Pronto caerán los muros de Jericó, como cedieron las bragas de Atenas, y habré tomado la ciudad por la entrepierna.

¿Cómo son tus días ahora?

Como un vestido de novia en el armario. La mayor parte del tiempo soy un Odiseo jubilado.

Estoy viejo. El doctor me recomendó una caminadora eléctrica para que no salga a caminar en invierno, otoño, primavera o verano: para que no salga. Troto sobre ella, y a veces imagino que su senda lleva a mi pasado, entonces quiero correr para alcanzarlo. Avanzo sobre las letras de mis canciones, que se alejan como los inicios de Star Wars. La banda se vuelve un anillo de saturno y un meteorito me sigue como perro tras su amo.

Luego vengo de regreso por la arena de una playa arrastrando, con el cable del micrófono, la mitad de mi pescado.

¿Qué le gusta a Bob Dylan?

De las fogatas me gustan los bombones quemados... y esa maldad desnuda en los rostros que se deforman junto al fuego. Me gusta esa escarcha luminosa que orbita entre el orgasmo y el cigarro. De los eclipses de sol me gusta que Dios les guiñe el ojo a los astrónomos. Me gusta distraerme en el desgaste del tacón de unos zapatos en un recital de poesía. De las cafeterías del centro me gustan los *croissant* con queso Filadelfia... y sus ancianos con ojos de cripta profanada, en busca de su enemigo en las esquelas. Me gusta ese veneno que deja en el aire la sonrisa de una mujer ajena. De los barcos que se echan a la mar me gusta ese instante a la distancia, cuando caen del horizonte al precipicio.

¿Tienes alguna dieta especial?

Un *blues* por la noche y un *blues* por la mañana. Fuera de eso, un *blues* por la tarde, siempre que no llueva, que si llueve: dos *blues*.

En el *blues* la trompeta tienen un pezón atorado que el músico presiona. Sale una leche en polvo: mármol pulverizado de tumbas ancestrales, losas que se tragaron los pantanos de Luisiana. Esa leche tiene la textura de la harina sedosa y multicolor que recubre las alas de la mariposa. Un roce en la penumbra, el espectador abre los labios y se amamanta de la radiografía de la noche.

¿Qué pasa conmigo? ¿Debí contestar leche de almendras?

¿Qué hay de Duluth, Bob?

De Duluth recuerdo poco. Después de todo, Borges diría que fue a Robert Allen a quien le sucedieron las cosas. No obstante, tengo presente la lluvia de ranas que se registró un cuatro de julio, aquella noche de batracios kamikazes contra las ventanas, fácilmente confundibles con bolas de granizo.

El cimbrar del letrero en el portón de la señora Wilkins: ¡Cuidado con el velociraptor!

El fantasma de la casa abandonada en Maple Street, que te seguía con la mirada si pasabas a la hora en que las sombras se descuelgan de los árboles.

El pozo de los deseos, que los adultos decían que era un foso del drenaje. Se olvidaron de que fueron niños..., peor aún, no distinguieron el hedor a podrido del cadáver de sus ilusiones en el fondo.

Lado 2: Disparos de salva

Poemas que hubiera escrito Bob Dylan con retazos de su cuaderno que no entraron en las letras de sus canciones.

It's all over now, baby blue

no olvides podar los rosales con la motosierra
llenar tu mochila de estrellas
coser el ojo del osito tuerto de felpa
y vete de noche
para que enciendas cigarros con luciérnagas
y baila nena baila
bajo la lluvia imaginaria
del llanto postergado
que nubla las luminiscencias del vacío
que se expande
entre tus discos rayados

no olvides delinear una sonrisa
en el espejo retrovisor
del taxi amarillo en que navegas
pac-man en el laberinto citadino
del delirio de persecución
de tus fantasmas

Knockin' on heaven's door

una angustia diferida
 en el reloj de la vitrina
te ofrendará mi muerte
 madre
en el ocaso de las seis

una paloma
 de vuelo atrofiado
romperá su pecho en tu ventana

sabrás por la sangre
 que fundirá el paisaje
—árboles pajareros tras el cristal
donde se teje la tarde—
que perdí las huellas de tus rezos

ese eco en la penumbra
 donde te pudres y me llamas
desde algún calabozo
de nuestro infierno familiar

Visions of Johanna

un ojo abierto en canal por la retina
secreta la luz de las hormigas
que descansan en su espalda
cada segundo del día

Johanna es una trampa de red
hecha de medias de maniquí
que palpitan en sus muslos
para atrapar
una manada de edificios
de esos que arrastran su reflejo
a beber al río

en la geometría de un callejón
que florece entre dos piernas
la escena se repite
dentro de una esfera:
el humo a las faldas de una lámpara
es el orgasmo de Johanna
que se dilata entre la niebla

Tangled up in blue

y se cubrió los senos
con mi camisa abierta
empinada en el sofá
hacia la ventana
buscó la aurora boreal que nos prometieron
los hologramas
que adornaban el bar donde la vi
dos animales nocturnos
devorando sus insomnios

afuera:

apenas islotes de nieve: es primavera
ahora es cuando
las flores del deshielo
le humectarán los labios
con su néctar
mientras se le escapa volando la tristeza

Don't think twice, it's all right

Piensa dos veces antes de lanzarte al vacío
y no te arrojarás

ni escribirás ese poema
sobre las aves que despiertan
al borde de los edificios
sin saber volar

piensa dos veces antes de quitarte los zapatos
y no bailarás
la última canción
junto a la barra del bar
sobre sus botas

ni rozarán tus dedos las espigas
que crecen
al extremo salvaje de los rieles
donde la existencia se cosecha
sin conservas

Ballad of a thin man

la soledad es un gato ciego sobre una piedra

rodeada de mar

una lámpara jorobada

que te espera

entre libros

ojo del huracán

donde gira el iceberg

de tu vaso de whisky

¿estás borracho ya?

si ese abrigo en la penumbra del perchero

fuera una puta Mr. Jones

tendrías una docena de nombres

para bautizarla

mientras se agotan tus tres horas

y otros más puros

que no llamarías amores

besos roces miradas

rescoldos que en la ceniza

se te escapan viejo se te escapan

It's alright, ma (I'm only bleeding)

a veces doctor Freud
un cigarro es un cigarro
y un mal sueño es un mal sueño
y el deseo del niño de poseer a la madre
es sólo eso

canción de cuna
para el teclado
de los senos

ahora que una pipa
bien puede no ser una pipa
y el monstruo en el espejo estrellado
es sin duda
el más fiel de los reflejos

Forever young

siente el aroma del color violeta
desprenderse de la pared
al ritmo de la armónica
como un Principito que cae
de su planeta
siente la velocidad
en que se desplaza
en un túnel el espíritu
atrapa ese momento
en que el universo se suspende
y sólo las moscas y tú
pueden moverse
entra a una cafetería
igual que si penetraras las fotos
de tu álbum familiar
abrazo un viejo petrificado
bésale la frente
anima todo de un chasquido
sigue tu camino

Mr. Tambourine man

 sumerge tu pandereta en el Hudson
bajo el puente la luna achispada
 ondula
 entre estelas de los barcos
danos a beber el mercurio
que nos regala
 la mansa mantarraya
de la noche tuerta
donde curtiste el cuero de tu pandereta
atada en pentagrama
 que nos hace cantar
 en una lengua extraña
entre fuegos fatuos
 y los ojos de plata

Blowin' in the wind

estirar las manos

desbaratar constelaciones

enjuagarse la cara con el rastro de un cometa

ser uno

con la pulsión sideral de los planetas

cerrar los ojos

encontrar una ciénaga de orquídeas

donde parpadea la promesa

del orgasmo

pestañas de libélula

que se te fugan

en el palpitar de los letargos

saber que las respuestas soplan en el aire

como gemidos del mar en el vaivén del caracol

que tu oído nunca escuchará

porque ella aún duerme junto a ti

y nada hace falta preguntar

MATRIOSHKAS

Premio Nacional de Poesía Carmen Alardín 2019

Matrioshka 1: Marianela fragmentada

Crímenes

Un poeta sin una amante es un perro sin el cadáver de un gorrión enterrado en un agujero negro bajo el manto del jardín. Juego cruel del que nunca sabrán sus amos. Tumba anónima que profana y muda de vez en cuando. Hasta que no quede una pluma. Hasta que Marianela se pierda en la memoria fragmentada del olfato.

Sentencia

Te condeno, Marianela, a desnudarte entre nebulosas que surcan en hoteles. Constelación de luciérnagas que se torna visible al apagar la lámpara. Una amante es el amigo imaginario del niño que evoluciona a la cuarta presencia. La otra mitad de la fotografía: ecuación en la espiral de una mirada oblicua. Viuda negra que crepita por la espalda a susurrar al oído ese nombre por el que clavamos por dentro nuestros labios al dormirnos.

Te condeno, Marianela, a llorar los domingos, a deambular en un desierto de promesas, a llevar en tu lengua navajas de dos filos, a hundir tus manos en la sábana de arena, tras el espejismo de mis brazos que se alejan.

Contacto

Marianela: fantasma de Canterville. Eva en exilio que lanza bombas molotov sobre las vallas del paraíso. Iceberg que flota en suburbios de cómodas mensualidades. Trincheras para ángeles caídos que, del fruto del árbol del amor, se tragaron las sobras. Réquiem para la Mujer de Lot que sueña con pasaportes sellados sobre su nuevo apellido.

Marianela, enferma perpetua del doctor Zhivago, delira con fugarse del abismo para destronar a su antítesis. Matrioshka que se expande dentro de aquella que la encuba. Por más que lavo la camisa, reaparece el labial de su herida: besos rotos: estigmas de una culpa que tres gotas de cloro purifican. Estelas de cometa que se van por el retrete.

Matrioshka

Cuando te penetro, Marianela, salgo de la curvatura del espacio-tiempo que molda mi materia, te cambio el nombre, te transformo la cara, le rezo a un dios olvidado y lleno de escarabajos nuestra cama. Y sin que tú sospeches, a veces, alguien más nos acompaña.

Cuando te penetro, Marianela, me voy a caminar lejos de casa.

Nonato

Una amante con el virus de la maternidad: esas cosas hubieran hecho lloriquear al Marqués de Sade. Es la corrupción invertida de la carne de la monja en una orgía sacerdotal. Marchitar el invernadero donde fertilizamos la lujuria. Arrancar las páginas del Kama Sutra para limpiar tiernas inmundicias.

No podemos gestionar un hijo, Marianela. La descendencia con tu amante es estupidez de aficionados. Es volver al punto de partida para salir en busca de otra amante. Es un sacrilegio contra la festividad de la odalisca. El único con licencia a embarazarse en nuestro purgatorio es el reloj de la recámara, que dilata su minuterio hasta parir copas vacías, mientras descuelgas las estrellas que encallaron sus engranes en la cama.

Pisar un juguete en casa de tu amante es quemar las barcas en la playa de una isla, para después huir a nado, con el pene expuesto, sobre un arrecife de pirañas.

Fragmentaria

Escribo Perfume y rasco las letras en la hoja para extraer su aroma: nada. La palabra perfume es inodora. Su sustancia no está en ella, se reparte en todas las cosas. Y también es distinta en la percepción de cada ser, ya sabes, Marianela, igual el amor que a los tres años apesta. Un despojo nauseabundo para el colibrí, para un buitre es quintaescencia. Aquí me atrevo a afirmar que la rosa, como tal, es el concepto, y no la forma.

Del odio al amor hay una página, ¿es así? Para el siguiente poema tú me estarás odiando, Marianela. Pero es mejor lanzar perfumes a la pared en un adiós que se anticipa al hastío, que llevar flores a una tumba en la clandestinidad de una mañana que sutura la rutina.

No querrás llorar a deshoras en el yermo de una funeraria, que algunos enterados abrieron sólo para ti, donde velan a un extraño que, en algo su fragancia, te recuerda a mí.

Clasificación

Ocorre que deseo otras mujeres, incluso, cuando tengo mi mujer al lado. Es posible que algo de mí haya buscado en Marianela, desde la perspectiva de un coleccionista de mariposas disecadas, que indaga, entre sus alas tornasol, manchas de Rorschach, igual que ojos en vuelo suspendido, que me observan desde adentro.

Digamos que sí nos quisimos. Eso lo tengo claro. El problema es que entendimos distintas cosas por querer. Veámoslo así: si existieran zoológicos de humanos, llamémoslos parques antropológicos, Marianela y yo estaríamos en distinta jaula.

Matrioshka 4: El libro de Susana

1

Susana hibernó en el ángulo
que se contrae entre sus muslos
las pesadillas de otro poeta
que tituló un libro con su nombre
y obtuvo un premio nacional de poesía.

Ya lo leí
no está mal
pero mintió
en ella no se propaga
una constelación de lunares en su espalda:
son pecas.

Espulgo el Libro de Susana
y puedo ver en la comisura de sus labios
el mármol tatuado de la leche.

Las cintas de su pijama se enganchan
al anzuelo de una coma
que la vuelca en la ribera de una estrofa.

Un punto y aparte
le desabotona la blusa.
La palabra pezón se hincha ante mis ojos:
lamo mi dedo
y rozo el borde de la página.

A veces la odio con el filo taciturno
de un cuchillo que desciende los océanos.
No sé si son los buitres de mis celos
ansiendo alimentarse de papiros muertos
o envidia ante la pulcritud de los poemas
que otro supo cosechar de su entrepierna.

En otoño fui a la presentación del libro.
Deliré con romper mi copia en la cara del autor
pero lloré con su lectura
y casi me acerqué a informarle
que Sócrates, el gato, ya está mejor de su patita.

Es sublime ese pasaje
en que Susana
con lágrimas negras por el rímel
barbechando sus mejillas
libera al canario de su jaula.

Ahora lo sé:
Susana se levantó la falda
un día de campo
y a otro se entregó sobre el mantel
eran las cinco de la tarde
de un miércoles de marzo
las amapolas parecían extirpadas
de una pintura de Monet.

Susana bien puede ser otra Susana.

Cada que un amante se desprende de otro amante,
ambos amantes se duplican:

ella no es la misma matrioshka
que deambula en el enclaustro de esos versos
sólo es, si acaso,

la piel en la que habita.

Su antiguo amante erigió un poema
donde somete a Susana a placeres extraños.
Me estremece la desnudez de su retórica.

Aún no era mi rival

mas le imagino

frente al teclado

tras la fantasmagórica serpentina del cigarro
tejer en esos versos su venganza.

En tanto, una lengua de satín

en el quicio de la puerta

le dice adiós

desde la valija de Susana.

SARAJEVO

*Premio Nacional de Poesía
Juegos Florales Ramón López Velarde 2018*

Danza macabra

El libro abre con el ala rota desde el primer verso.
Trémulas, las manos callosas del sepulturero
no lo deletrean, porque sujetan un tarro de cerveza
que copea a terregosas paletadas. Lámpara bicéfala:
sobrevuelos de una polilla negra en la taberna.
Podría apisonar los cráteres de la luna con sus muertos.

¿Sobre qué copa se desangran estos versos
que le quedan grandes, como botas del ejecutado
que no ensamblan con el pie de su sicario,
a los habitantes de estas planicies de pájaros estériles
que hoy, caníbales ilustrados, mastican
en la carne asada del domingo la tragedia del vecino?

Tenía que ser, Virgilio, un poeta
el que nos guiara a los infiernos.

Madre del artista

Mamá, todo era mentira
 las vinas están podridas,
la vela cede temblorosa
 y tu rosario
no detiene el avance de las sombras.

¿Por qué no nacemos con una pistola bajo el brazo?

Principio y fin

...ahora escoge una ciudad de Bosnia i Herzegovina

¿Ya?: Piensa en un pueblo del norte de México.

¿Has escuchado el adagio de que cada casa
tiene un cadáver en el sótano?

No somos tan distintos. Allá, aquí
tras el lienzo de las casas palpita una cueva
con santo, fotos y veladora encendida.

Puedes suponer que rezan, en realidad invocan
a su muerto para que salga de la fosa
y tumbe a golpes de Lázaro la puerta.

La llama se apaga, ¿una corriente de aire?

No: el rostro del ausente brota de las sombras
frente a los ojos cerrados
del que entrelaza las manos
para soplar su esperanza
y volver a ser humo en la penumbra.

Hermandad

El nuevo milenio desovó el 28 de junio de 1914
tras las ventanas del Café Moritz Schiller
en ese estigma de los libros de historia: Sarajevo.

Puedo conectar el último asesinato de Tamaulipas
viajar al pasado, en una cadena de sucesos
a través de cada arma, cada mano,
bomba, submarino, tanque, avión,
de cada mina,

jugar póker en un club nocturno de Chicago
y salir por la puerta trasera
franco al laberinto de trincheras vietnamitas.
Kosovo: osario del Dios de la hipotermia.
Tarde bermellón en el Cairo sobre el Nilo.
Hasta arribar a aquel 28 de junio en Sarajevo
en que el olor a gas mostaza amanecía.

Supervivencia

Decir esperanza como decir:

—Tómame como en aquel bombardeo en Sarajevo.

—Te soñé desnuda entre los escombros de Alepo.

Tras el invierno la fruta incendia las huertas.

Otras vidas. Otras guerras. Otros tiempos.

El amor tiene esa fuerza imposible

de la mala hierba que brota en las banquetas.

A una fotografía de 1992

Si Tchaikovsky enroscó sus partituras
para revestir los cañones de instrumento musical.
Entonces aquí, en los escombros de un mortero,
la Biblioteca de Sarajevo nos revela el escenario
donde un concertista de frac toca el violonchelo.

Fragmentos de un preludio huyen por los huecos
que filtran las barbas de Júpiter: las letras bailan
sin recordar las palabras que dijeron. Babel.

La persistencia se sobrepone a las hogueras
como un flautista de Hamelín
que conjura a revolotear entre cenizas
los libros de teología que ahogan
sus milagros en los abismos de la Atlántida
entre los pececillos luminosos de un soneto.

Réquiem

Aquí los muertos cantan, lloran,
nos susurran de que murieron.
Murmuran por el orificio de la bala.
Sus corazones son peces epilépticos.
Aquí no hay viento, son los muertos
los que agitan los castaños.

Nocturno de flauta para cañerías

Sí, Maïakovski, yo puedo tocar ese nocturno.
Con un ocaso de fondo que esboce la miseria
de estos veranos que anticipan el infierno.
Desde los pantanos de neumáticos
donde, trémula, florece la malaria,
mi melodía se alzaré como una plaga
de langostas, en la partitura asfáltica.

Legión, me llamo, porque somos muchos.

Sí, Maïakovski, yo puedo tocar ese nocturno.
Y todas las cañerías de la ciudad serán mis flautas
cuando azote las puertas sangrantes con mi música:
¡Tan! Rubí: iris de ciego. Un toque de queda
marcará el compás inquisitorio de mi tempo.
De pronto, me acompaña el aullar de las patrullas,
luego, de la nada, un grito sostenido de ambulancia.

Legión, me llamo, porque somos muchos.

Sarajevo, Tamaulipas

En el 2016 visité Sarajevo.

La ciudad con el asedio más largo de la historia
después de la Segunda Guerra Mundial.

Metí mis dedos en las heridas de sus paredes,
que en días de lluvia parecen sangrar,

y comprendí que Sarajevo

no está en la capital de Bosnia i Herzegovina.

Es un espejismo que reviste a cada ciudad de Tamaulipas.

Ya había estado allí a través de mis pueblos.

Entre las frivolidades de Stalin hay una que reza así:

Un muerto es una tragedia,

muchos muertos son una estadística.

A mí no me faltan cuarenta y tres, de hecho,

los que me faltan me caben en los dedos de las manos

y me sobra lugar para tres más.

Cuando empecé estos poemas en el 2009

no conocía referentes en mi tierra,

ahora parece un género con ciertas reglas,

una es culpar sólo al gobierno,

otra es vivir lejos de la zona de guerra.

Roque Dalton:

Hablar de comunismo en el trópico es,

cuando menos, refrescante.

Este libro es mi Sarajevo.

Aquí la aguja de la estadística
enloqueció hace tiempo
y se echó a correr desnuda
huyendo de una nube de napalm
que nos cubre de Tampico hasta Laredo.

Más allá de mi tragedia y de la tuya,
no sabemos a ciencia cierta cuántos faltan.
Mucho de lo que aquí pasó
no consta en actas.

A alguien, a cualquiera

El vacío llena más el espacio que la presencia.
En el abismo que esparce el adiós,
donde florece un puente con una llama constante
se reúnen los dos puntos cardinales de la espera.
Ahí estarás tú y estaré yo.

Por lo pronto:
imposible extrañarte:
es tanta tu ausencia.

Dame una razón para irnos de aquí

La otra noche apareció una mujer en la puerta.
Suplicaba que le prestáramos el teléfono.
Según esto, en la siguiente esquina,
unos muchachos la bajaron con violencia de su coche.
A decir verdad, su peinado fortalecía su versión.
También quería un trapo con hielo.
A su marido le pegaron con algo en la cabeza.

No la dejamos pasar, pero nos dio un número.
Así que lo marcamos hasta que contestó su hija.
Le dimos la dirección para que viniera a recogerlos.
No marcamos a la policía, sabemos lo que le pasa
a quien denuncia este tipo de “incidentes”.
Algo mencionó el esposo deteniéndose la sangre,
de que iban armados, como huyendo de algo.

Les íbamos a ofrecer un vaso de agua,
pero temíamos que nunca se marcharan.
Vernos involucrados no entraba en nuestro jueves.
Así que, condescendientes, les cerramos la puerta.

Volvimos a la recámara a ver televisión.
Transmitían un reportaje de la guerra en Alepo.
Es horrible lo que sufre esa gente, dijo ella.
Me acercó la bolsa de Doritos, comí unos.
No le dije nada, pero pensé en la migración.
No en la de las personas que huyen de Siria.
Los pingüinos de las Malvinas ¿Por qué lo hacen?

Epílogo

Mata una mariposa.
Ponla a secar unos días.
Hazla polvo entre tus dedos.

Quédate a oscuras.
Corre la cortina de manera
que sólo entre un sable de luz.

Lanza el polvo contra el resplandor.

A DARWIN, CON AFECTO

Premio Estatal de Poesía Juan B. Tijerina 2015

Ruinas de la lengua

Estimado Darwin, leí en una nota
abigarrada en la página de un periódico,
de esas que rellenan los huecos de la tragedia actual:
*«Ciento cincuenta años después de los humanos
algunas de nuestras palabras se seguirán oyendo
a través de los loros salvajes
descendientes de nuestras mascotas».*

Me estremeció esa postal apocalíptica
de una metrópoli que devoró la selva
donde el eco fragmentado de los loros
diga: *Cierra la puerta Cotorrito, cotorrito*
Chinga tu madre Puto
No hay nadie.

Sabes, camarada, la ciencia tiene tanto de poesía involuntaria.

No cenas con un buitre

Nunca salgas a cenar con un buitre de cabeza roja.
Sólo hablan, Darwin, de anfiteatros y montañas.
Se les derrama del pico el vino tinto
cuando nombran a amigos en desgracia.
Y al llegar su filete miñón, término medio,
revolotean de manera un tanto cuanto inapropiada.

Nunca salgas a cenar con un buitre de cabeza roja.
No aprecian, Charles, los esfuerzos del chef.
De hecho, prefieren las sobras de tu plato.
Si les hablas de tu último poemario
se inclinan con sus ojos pelones adelante
y se preguntan por qué no se les ocurrió antes.

Nunca salgas a cenar con un buitre de cabeza roja.
Al ver la cuenta,
con acento de pavo en temporada,
te dirá que no carga efectivo
ni tarjeta.

1

Dentro de la ostra,
bajo una sábana de esperma,
duerme
 la perla:
pastilla anticonceptiva de sirenas.

2

Sin rodeos:
el toro corre libre por el llano.

4

Que los gatos tienen siete vidas.
Ese es problema de las bardas.

7

A veces soy el instante
que separa al pájaro del vuelo.

8

El alce, allá solo en la montaña,
parece un cesar sin su imperio.

11

Veámoslo de esta manera:
el puma
es un tigre liberado.

Del jaguar no hablemos,
ese es punto y aparte.

Cierra la puerta por dentro.
Estás a salvo de roedores y blátidos.
No tienes mascota, ni siquiera pareja
con quien compartir la cama:
estás a salvo.
Ah, pero quizás no estás a salvo.
¿Qué tal debajo de la cama?
Ese monstruo, la raíz de nuestros miedos
—gracias, papá; mamá, te quiero—.
Nada: parece que sí estás a salvo.

¿Y qué tal si tuvieras un microscopio?
...oh, sí, se llaman ácaros.
Son más horribles de lo que has imaginado.
Ponen setenta huevos en promedio en tu colchón,
por cierto: hay millones de ellos defecándolo.
Sabes, les agrada la humedad de tus secreciones
y devoran un gramo de tu piel a diario.

Ahora ya puedes dormir: estás a salvo.

14

A mi hijo Rubén Darío

Si tuviera la genética de rejuvenecer a voluntad
como hace la medusa con su reloj de arena
para iniciar todo en un eterno retorno.
Yo cometería los mismos errores,
amaría los mismos arrecifes de mujeres,
me dejaría revolcar por las mismas olas,
volvería a alejarme del grupo tras una estela de agua
y me acercaría peligrosamente a las gaviotas.

15

Los sapos no entienden
de zoofilia de princesas.

17

Hay una crítica constructiva en las palomas
que se cagan en los monumentos
de nuestros héroes y poetas
que visten de gloria
el Paseo de la Reforma.

23

Conocí (bíblicamente) a una mujer
que después de hacer el amor
expulsaba un gorrión azul de la vagina
y, curioso, sobrevolaba la habitación
para después hacerse añicos en su pubis.
Hasta entonces ella abría los ojos
como si regresara de otra dimensión.

26

Me gusta la luna cuando parece
una herradura caída de una pata de Pegaso.

27

Reos en fuga:
una manada de cebras a través de la sabana.

28

Filtrando los destellos del verano
una colonia de bambús
impone su simetría en el pantano.

Un panda mancha el paisaje.

29

Esa víbora que agita el cascabel
busca en la cañada un carnaval.

32

En el lago
 la libélula
toca
 su reflejo
y deja
 en círculos
estelas
 de sus besos.

Un artista de hoy

Tomó el pincel con la trompa.
Endiosado en su génesis
plasmó una estela de nubes que a ratos
parecía un tsunami que desbordaba el lienzo.
El elefante no sólo era un artista.
Hay que admitirlo, Darwin,
el cabrón tenía un definido estilo impresionista.
Antes de apagar la tele alcancé a escuchar
que el paquidermo ya tuvo un par de exposiciones
y vendió en varios miles sus cuadros.
Incluso, aclararon que en su primera etapa
lo invadió una tendencia al modernismo abstracto.

Sabes, explorador, cuando veo pintores de academia
que con sus aires parisinos tratan de explicar
el mensaje sociopolítico de sus garabatos
pienso en el elefante y siento que su trompa
traza en mi rostro una sonrisa.

Tengo dos hienas de mascotas

Mis hienas no soportan la comedia barata
del pastelazo, cuando ven televisión.
Frotan la joroba de su lomo con mi muslo
para que les lea cuentos de Allan Poe.

A mis hienas les gusta perseguir ambulancias
hasta las salas de emergencia, Darwin.
En sus paseos por el cementerio no es raro
que me regresen con un fémur.

Mis hienas entienden el sarcasmo
que encapsula la consciencia de estar vivo,
de ahí que puedan reír a carcajadas
en el velorio de sus hijos.

Y no es que mis hienas sean carroñeras
ocurre que saben que la venganza
 es un plato, Charles,
 que no se mete al microondas.

Bombykol

Es una sustancia química que libera de su lomo
el gusano de seda hembra para atraer al macho.
La feromona más potente del reino animal.
El macho la puede detectar hasta a diez kilómetros de distancia.
Esto no es lo sorprendente, Charles, lo sorprendente es:
¿Quién chingados se puso a investigar esto?!
¿Los alejaban de dos en dos kilómetros?
¿Cómo saben que a los nueve kilómetros el macho aún la detecta?
¿Se pone contento? ¿Deja de comer? ¿Levanta las patas traseras?
¿Y para qué le sirve a un gusano saber que, digamos
a unos siete kilómetros, hay una potencial pareja
que nunca alcanzará?

He aquí, maestro, la quintaesencia
del absurdo salvajismo que hay afuera.

Carne

Sé que no son mis asuntos,
pero me preocupan esas cosas, Charles,
¿Sabes cómo llaman a unas pirañas del Amazonas?:
Caribe Capaburro,
que quiere decir castradoras de asnos.
Me conmueve reflexionar en estos equinos,
de cuando los obligan a cruzar el río con su carga.
Ese lucero al rojo vivo que asoma del prepucio,
que se mece igual que badajo sin campana
y parpadea, maestro, igual que un faro
en la convulsa negrura del abismo.

Y esas criaturas indecentes
que no entienden de modales.
Ni se saben negar dos veces
cuando las convidan a la mesa.

Cortejo

En un mundo hipotético, Darwin,
llegas a un putero.
Entre manadas, te abres camino a la barra.
Ahora supongamos, colega,
que te gusta una gacela,
vestido corto con estampe de tigresa.
Digamos, por decir,
que le invitas una copa de sangre de avestruz.
Para impresionarla le explicas
que los cuernos de la jirafa
sirven para interferir la comunicación
entre los aviones y las torres de control.
¡Funcionó!, lograste hacerla reír.
En adelante será cosa de no bajar la cartera.
Ya le estarán temblando las rodillas
para que te amamantes de sus tetas.
En la pista marca tu terreno (sin orinarte).
No olvides que la danza es un ritual de seducción.
Y que todo en derredor está jugando su papel.

Al saltar el aro de fuego,
el tigre
cayó del otro lado,
lejos ya del circo.

De entre todo lo jurásico
que no se habrá de constatar
lo que más me inquieta
es el cortejo del velociraptor.

Digamos que la reencarnación es una teoría aceptable.

Digamos que los caracoles
son las lenguas reencarnadas
de los envidiosos,
que se arrastran
en el jardín de sus rivales.

73

Los mosquitos van hacia la luz:
Ícaros que caerán achicharrados.

76

Reunida la manada de lobos
el más anciano cuenta una leyenda.
Describe a ciertos lobos
que en luna llena
se transforman en hombres.

78

Y el gallo se quedó mudo
en un eclipse de sol.

79

Mi identidad es un baile de disfraces
sobre un lago congelado de pirañas.

82

¿Cómo aplastas a una mantis religiosa
en las puertas de una iglesia?

87

Si los cerdos tuvieran alas
saldrían volando del chiquero,
dando giros como aeroplano,
sí,
pero en busca de un pantano.

Dolly

Tal vez no te dice nada la palabra Clonación.
Pero Dolly fue el primer animal nuclear
creado de una célula a semejanza de otra oveja.
Ya, ya, te conozco, maestro, sé lo que estás pensando:
¿Por qué chingados no me clonaron a mí?!
Resulta que aquí tenemos prohibidas esas cosas
con los mamíferos humanos,
(y mira que, para obtener tu ADN,
pelos tuyos sobran por ahí)
además, admitámoslo, Darwin,
eres un tanto incómodo para algunos metodistas.

Dolly en cambio era bastante sumisa en Roslin.
Su lana era una nube que encalló en la pradera.
Sus crías eran iguales a las crías de las demás ovejas.
Daba buena leche. El experimento valió la pena.
Nos legó como herencia unas bolitas de caca
procesadas por su patético aparato digestivo,
iguales, por cierto, a las de cualquier oveja.

Cheeta

Tras varias películas en el papel de Cheetah,
fiel compañero de Tarzán
en la época de oro del celuloide hollywoodense,
la carrera actoral de Jiggs se fue en declive.
Le llegaban ofertas para comerciales de plátanos.
Por otro lado, Charles, los *paparazzi*
lo acosaban hasta en las ramas.
Amores, los tuvo en cada set de filmación.
Era un excéntrico para dar autógrafos,
utilizó más de mil firmas distintas.
Quisiera decirte, amigo,
que acabó en el baño de un hotel
con una aguja ensartada en el antebrazo,
pero no, fue de hecho el chimpancé más longevo.
Se refugió en su casa de retiro
donde se entregó al piano —no así el piano a él—
y dibujó paisajes en los que el hombre mono,
sobre la jungla de asfalto, se columpia con su Jane.

Es duro allá afuera para un ñu.
Ningún chamaco los escoge
cuando dibuja su animal preferido.
Ni son los más rápidos, ni los más fuertes,
por eso son la presa favorita
para documentar banquetes.

Es duro allá afuera para un ñu.
Ninguna civilización los considera sagrados.
Si lanzas una piedra a la pradera
sería difícil no darle a uno entre mil cebras.
Por eso ninguna agencia de seguros
les cubre muerte por cruzar el agua.
Muerte por estar fuera del agua.
Muerte por acercarse a beber agua...

No es fácil vivir huyendo en estampida.
Como dice Bruce Springsteen:
«Nene, nacimos para correr».

Esta salvaje negación

Somos el fuego robado de los dioses,
los hijos bastardos de la puta naturaleza,
los promiscuos que bajaron de los árboles.
Somos, Darwin, los ridículos
que nos tendemos en el diván de los siquiátras
por haber seguido nuestro instinto,
como si el leopardo después de tragar
se pusiera a llorar sobre los restos del antílope.
Somos, hermano, los volátiles,
los insaciables, que fumamos junto a la ventana
esperando
y esperando a que reviente el mundo.

NO CONSTA EN ACTAS

Premio de Nacional de Poesía Zafra de Utopías 2011

Los colgados

El parabrisas enmarca una epifanía citadina.
Igual que se elevan los mártires
súbitamente a un cielo abierto:
un contador y una manicurista
cuelgan de un semáforo.
Se mecen suave como péndulos
en una cuenta regresiva
para que nos golpee la hora del destierro.

Los coches se detienen
ante esa postal apocalíptica.
No es que busquen saciar el morbo
que hierve en las pupilas.
Tan sólo ocurre que el verde cambió a rojo
y, en la ciudad, es política del buen vecino
respetar las normas de vialidad.

Colateral

Ayer mataron un premio Nobel de literatura.
No hubo homenajes, ni le extendió sus brazos
la rotonda de las personas ilustres.
Quizás en eso influyó que no había escrito ningún libro,
bueno, tenía un año, aún no sabía escribir.
Iba en el coche con su madre a hacer unos mandados
cuando una bala perdida se encontró con su pecho.
Por eso no se presentará en setenta años a recibir el premio.
Dejó como testimonio unos rayones
en el cuaderno de matemáticas de su hermano mayor.
Documento invaluable para eruditos y estudiantes
que dediquen su tesina a la obra que no fue.

Horroróscopo

Libra.

Esta semana Saturno sale de tu casa,
pero entrarán unos hombres encapuchados.

Marte puede influir en tu karma
—cualquier cosa que eso signifique—.

En lo profesional, causa de un narcobloqueo
llegarás tarde a tu trabajo.

En el dinero harás una transacción,
recibirás una llamada inesperada,
desde algún penal,
para hacerte una extorción.

Tu color el rojo. Tu metal el plomo.

Tu elemento el fuego. Tu día de suerte...
ese ya pasó.

Mantis

Señor director, me sirvo informarle
que esta mañana encontramos una cabeza
frente a una de nuestras oficinas.

La primera línea de investigación fue suponer
que algunos maleantes la habían arrojado,
hipótesis que descartamos por inverosímil,
ya que, según el peritaje oficial, bien pudo llegar
rodando sola con ayuda de sus orejas.

Tuvimos suerte de encontrarla en buen estado,
así que, tras los trámites burocráticos,
pudo rendir declaración.

Nos dio el perfil de sus verdugos y las coordenadas
de su cadáver tropezando entre los árboles.

A ratos desvarió y preguntó por su madre,
una cachetada y tomó consciencia de la situación.

Al final balbució algo que no entendimos
de los sauces, de la vida, de otros años, del rocío...

Veinte narcopoemas de odio y un corrido mal entonado

El título de este poema
es un truco de mercadotecnia.
Como esas chicas en tacones y bikini
que modelan sobre un coche deportivo.

Sólo quería comentar
que en sus películas de acción
Mario Almada no lee poemas de amor
porque si se descuida
lo atacan por la espalda.

Eso sin contar que los tipos duros como él
saben que la venganza es una mujer de pelo largo
que baila con su sombra en la pared
mientras las ojeras del rencor
le sonríen desde el fondo de la barra.

Las indagatorias

De pronto un gusano muerde el tendón equivocado.
Un corto circuito: el muerto abre los ojos.
Se encuentra entre un montón de cuerpos desnudos.
La tierra, la sangre y el no ser propenso a las orgías
lo hacen deducir que está en una narcofosa
—Ah, esas narcofosas que tanto molestan
a los propietarios de las funerarias—.
Debieron sembrarlos muy profundo
porque no le llega el trinar de las parvadas de chileros
que tupen los árboles al caer la tarde, por irónico que suene:
la oscuridad le ha dejado muy claro que es de noche.
Momento. Escucha a una bestia carroñera cavar la tierra.
Husmea. Parece interesada. Pero archiva su hambre y se va.
Justo ahora
 han comenzado a girar
 los engranes del olvido.

Guía práctica para asaltar un Oxxo

Consiga una pistola.

Tenga presente su rencor social
para que justifique sus acciones.

No pase de largo subrayar
que trabaja “pa’ la gente”,
aunque gente sea lo último que son,
aunque usted sea un muertodehambre,
aunque mañana lo piquen en la cárcel.

Por ahora disfrute su momento.

Tome nada más lo indispensable:
dinero, cerveza, tequila, cigarros.

Vamos, vamos, no se ocupe de la cámara,
siéntase en su propia versión de Tarantino.

Aunque usted no sepa una chingada
de quién es Tarantino.

Baste decir que a Río Bravo revuelto
mejor ratear que morir por inmersión.

Profecía

En algún lugar de la ciudad
una bala aguarda para ti
en el esmalte escenográfico de la endeble rutina de tu calle,
alfombra que se extiende sobre riachuelos de rata dulce
que siguen el bastoneo de tus pasos
como un imán bajo la mesa hipnotiza a una moneda.

En algún lugar de la ciudad
una bala se gesta para ti.
Plomo ciego de una camada convulsa
en el cargador rabioso de una perra de calibre reservado.
Polen que emigró del traspasio del odio proletario
y asoma sus pétalos de púas por el espinazo de una grieta.

Cuídate del sitio equivocado, de las estadísticas,
de la hora imprecisa y de los días de quincena.

Una chica sexy da el clima en la TV

El ambiente se tensará por la tarde.

Se aproxima un contingente
de camionetas blindadas
que se espera pegue por la noche.

Se calentará la plaza.

Se pronostica una lluvia de balas
con fuertes ráfagas
y probabilidad de explosivos.

La sensación térmica es de espanto
con picos de pánico
en algunos puntos de la ciudad
donde habrá precipitaciones
para encerrarse en casa.

La mañana se espera
parcialmente despejada de cadáveres
y con nula visibilidad a los estragos
de la depresión nocturna que degenerará
en un rumorcillo tropical.

ESTIGMAS

Premio de Poesía Tamaulipas 2007

El orgasmo de Susana

Según Susana, las mujeres,
en su ciclo de vida,
sólo pueden generar seiscientos treinta y siete orgasmos,
tras esa cifra mueren sin remedio.

Por eso ella lleva la cuenta en un cuaderno.
Esto a mí me deprime en lo particular,
no porque este cerca de morir
sino todo lo contrario, sus orgasmos
han disminuido considerablemente desde que está conmigo.

Cuando le sobreviene un orgasmo
parece una fiera dando sus últimos estertores
y dice que escucha un estruendo
como cuando callaron las trompetas
y los muros de Jericó cayeron.

Dice que escucha pisadas de elefantes,
estrellas, a años luz, comprimirse y apagarse,
termitas discutir en congresos subterráneos,
y sabe si va a temblar la próxima semana.

Sus dedos son raíces que se adhieren a la sábana
mientras visita mundos devorados por las aguas
y detecta hasta el sonido de una hoja
que se desprende de la rama.

Castaños en el Jas de Bouffan en invierno

(Paul Cezanne, óleo/ tela, 1885-86)

Padezco la debilidad, especialmente en invierno, de salir
[a caminar al parque,
tengo algo de desertor de un club suicida en busca de nostalgias.
Los jardineros barren los esqueletos dorados hasta
[formar montañas
y les prenden fuego. Arden entonces las hojas,
[que no aprendieron a volar,
bajo un triturador baile de lenguas demoníacas, pedazos de
[atardecer
que se resisten a ser devorados por las sombras
que han bajado de los castaños en aras de un abrazo nocturnal.

Aquellos destellos descubren a mi paso cicatrices en los castaños,
iniciales, flechas y corazones que tortuosamente les tatuaron,
con picos de botella y filos de navaja, furtivos amantes
[de secundaria,
como testimonio de que, en ese lugar, una mañana de juerga
se estremeció de la carne a flor de piel tras la derrota de la falda.

Quizás ese resoplido que se escucha cuando el viento agita
[las ramas
es más bien la oportunidad de liberar el lamento enclaustrado
de esas heridas anónimas que el rocío viste de escarcha
y que parecen llorar al despuntar el alba. Dijérase que al correr
[de los años

F y **M** coinciden en una sala de cine y hacen como que
[no se conocen.

Que **P** no vive con **A** sino con **T**, que a su vez nunca supo
que seis años después de terminar con **H**, éste murió en
[un accidente.

Amor de lejos

Es de noche en Ítaca,
hay gemidos que llegan a la luna.
Penélope tiene los dedos húmedos
y los pezones en pie de guerra
apuntando al infinito.
Se frota sola
junto a un manto descosido,
revolviéndose en la cama
que a estas horas
es
 enorme.

Musa

No trasluce el espejo de humo
tu tronco de violín de Stradivarius.
Te ocultas bajo la piel de la cama,
lagarto nadando a media agua.
Asoman de pronto tus senos,
dos estrellas alineadas
en los contornos de tu cuerpo,
ansiosas por que acabe el crepúsculo
y principie el festín de los fantasmas.
Queda tu cuello colgando al borde de la cama
resignado a la guillotina de mis dientes.
Adivinan mis ojos ciegos tu presencia
en la poca luz que explota en las persianas.
Mis manos te están formando a mi manera,
aunque te sientes viva sólo tu cabello existe.
La parte que toco en ti se va creando,
lo demás es limbo entre las sábanas,
es sombra espesa, es yeso,
es algo maleable, es agua helada,
fuego que sopla, vértebra, casi hueso,
es carne que vibra, casi sueño, casi nada.

Ternura

Ternura no es que te regalen un oso de peluche,
tampoco es lo que dice el diccionario.

Ternura es salir a caminar al centro,
caminar y caminar hasta hacerte invisible
y observar a la secretaria en su hora de comida
mirar a través de un aparador
a un indiferente par de zapatillas,
y abrazar su bolso,
igual que si en eso le fuera la vida,
con sus ojos como diciendo
algún día serán mías.

El cumpleaños

(Marc Chagall, óleo/ tela, 1915)

Llegas a casa.

El mundo se queda tras la puerta
o mejor aún: desaparece.

Percibes un aroma a mujer,
sí, un olor a mujer mojada lo inunda todo,
y todo cambia de colores.

Te diriges a la cocina,
no, no es allí, pero se siente,
definitivamente estuvo ahí.

El aroma te guía, no, no te guía,
te jala, te envuelve en una nube
y te desprende del suelo.

Ya no caminas: flotas,
te elevas por la sala.

No tienes duda:

un olor a mujer mojada lo inunda todo.

Junto a la ventana, que da al mundo que apagaste,
entonces, por fin, se te revela,
con su vestido negro que era verde,
flotando, inmensa, en la recamara.

Así se besan, palomas al vuelo,
y todo se ilumina, se apaga
y se reinventa.

Saturno devorando a un hijo

(Francisco de Goya, óleo/revoco/tela, 1819-23)

Tarde o temprano las ciudades aprenden a comer personas,
a masticarlas en el acero retorcido de la rutina
y a engullirlas en el tráfico voraz del mediodía.
Pero los de la resistencia no caen abatidos en la cama
a contar borreguitos que saltan cercas electrificadas,
cuando los grillos dan el toque de queda
huyen de sus guaridas en busca de un lugar como trinchera
en donde esperar la llegada de un refuerzo
que cruce las piernas largas junto a ellos.

Preguntar la hora, pedir fuego,
cualquier excusa necesaria para hacer contacto
e invitar un trago al desertor de habitaciones.
Platicar sobre trivialidades, cualquier tema,
el punto es posponer el suicidio.
Y al final, antes que la luz derrita las alas,
salir en busca de un refugio donde lamer los estigmas
de esta vida mecánica y absurda.

Mientras la noche avanza,
y de tanto avanzar
casi agoniza.

Ritmo de otoño (Número 30)

(Jackson Pollock, pintura esmalte y lienzo, 1950)

Yo: también se dice a veces

al mirar un cuadro abstracto.

El poema donde quedaste embalsamada

Este es el poema donde incrusté tu cuerpo,
tus senos aplastados entre papel y verso,
tus cabellos extendidos, atados a las letras,
tus tristes ojos, tus callados ojos tristes.
Aquí, donde escribo *Amor*, está tu boca.
Te voy a hacer eterna, serás para siempre,
inmortal como esta hoja,
momificado fragmento
de mi vida secreta,
que nadará en el firmamento.
Sólo yo sabré en que letra tus pezones
tiemblan al leer este poema,
en que renglón tus muslos acaban,
donde poner el oído
para escuchar los ecos de tu risa,
por siempre clausurada.
Arriba reposan tus brazos cruzados.
La tinta de la pluma te amordaza el corazón
(y los pétalos que aprendieron a llorar cianuro
se asfixian en las páginas del libro).
En esta parte, y aquí, donde dice *Dolor*,
te puse un clavo en cada pie
para que nada te duela como yo.

Impresión de amanecer

(Claude Monet, óleo/tela, 1872)

Falta un cuarto de hora para las cinco de la mañana. Tienes
[la mala idea de salir
a fumar melancolías, acudes al puerto desdibujado en un
[rojo naranja, como si Troya
aún se quemara en lontananza. Huele a pañuelos ahogados,
[ángeles caídos tras
la despedida, y una brisa salada muere en tu cara. La danza
[de fantasmas en la niebla
diluye a la mujer trasnochada que camina con sus zapatillas
[en las manos.
Un borracho duerme enganchado al anzuelo del hastío. (Se
[acabó la aventura de la vida,
en un abrir de lata de cerveza volaron las últimas gaviotas.)

Sobre las costillas del muelle escuchas el golpeteo de los
[barcos varados
que agitan sus barbas de moluscos. A partir de esta hora
[ningún marinero se masturba,
y las sardinas se alejan tristes de las lanchas. (Debió ser
[mejor el tiempo
de nuestros antepasados, cuando el mundo acababa donde
[empezaba el mar.)
Vete de aquí, que en este lugar *Amor* es una palabra
que naufragó al subir la marea de la playa.

Dios es un niño que se arrulla en la bolsa de un pelicano.
Las moscas hacen por liberar a una jaiba
que se quedó atrapada en los sueños del pescador y, en el oriente,
una bola de fuego ya se alza.

Desde tus pies se extiende un vomito de sangre que raja en
[dos las aguas.

Y todo esto tiene un dejo
de Ícaro apuñalando a Prometeo.

Canibalismo de otoño

(Salvador Dalí, óleo/ tela, 1936)

Vamos a besarnos tanto,
hasta que los labios pierdan su simetría
y los pellejos se nos caigan,
boletos rotos al borde de otoñal tranvía.
Hasta que la pastosa saliva nos recuerde
el repulso beso infantil de nuestra madre.

Vamos a besarnos tanto,
que las encías sangren
y los dientes se derrumben,
estalactitas de hielo en los tejados.
Que no podamos ya cerrar la boca,
ni ingerir alimentos en diez días.
Que la lengua se torne tan elástica
que podamos cazar mocas a distancia.

Vamos a besarnos tanto,
y sin despegar los labios
intercambiar los intestinos,
que no podamos balbucear la palabra *Amor*,
que nos duela la risa, como a esas parejas
que después de celebrar sus bodas de oro
llegan a la cama y, odiándose en silencio,
se duermen dándose la espalda.

La pregunta

¿Qué harás en este momento?

En este preciso instante

cuando escribo estos versos,

no cuando otro los esté leyendo.

Entonces, no sabré cuánto tiempo habrá pasado

y espero,

por mi propio bien,

que esta pregunta ya no me importe tanto.

Testimonio

Hoy es 24 de septiembre del año 2007,
son las 11:46 P.M.
Estoy sentado frente una mesa de mantel blanco,
hace unos días estuvimos de fiesta.
Tengo abiertos dos enormes libros de pintura,
naturaleza muerta, paisajes y abstracciones,
escucho Paper Moon con Ella Fitzgerald.
No me vendría mal una afeitada.
Son los últimos minutos del domingo.
Fumo y bebo un vaso de agua.
A un par de metros tengo una puerta de cristal,
en el patio la lámpara convoca a los insectos.
En una recámara mi madre duerme o trata de hacerlo,
en otra mi mujer y el menor de mis hijos,
el otro, el mayor, duerme en el cuarto de mi hermano.
Mi padre, hace tres años, no está físicamente con nosotros,
así que es difícil precisar donde se ubica su ausencia.
Trato de escribir poemas de amor y ya es otoño.
Cuántos momentos se nos van sin registro.
Me tiemblan las piernas, estoy inquieto, saturado de sueños.
Un poema, en ocasiones, como ésta,
dice más que una vulgar fotografía.

TEMPORADA DE ÁNGELES

*Mención honorífica en el Premio Estatal de Poesía
para Jóvenes ITCA 2001*

Cazadores

I

Las telarañas criban el rocío. El arroyo devora los jeroglíficos de las piedras. Aún hay brasa en la chimenea. Desde mi montículo de colchas veo a mi padre preparar el desayuno. Danza ritual del sartén y la cuchara. Huele bien, a cocina de fonda y cafetales en llamas. Parvadas escandalosas cruzan el azul-violeta, y los topos de fuego que resbalan por los rayos del sol escarban hoyos en las nubes para dejarse caer sobre la oquedad del bosque. La cabaña nos habita tanto como nosotros a ella. Ya está seca la estela de sangre que chorreó de los ángeles, desde el quicio de la puerta hasta los peldaños de afuera.

II

Son lunas de octubre entre gigantes de coníferas, testigos imparciales que sólo chillan de miedo cuando hay viento. Es el mejor mes para cazar ángeles, asegura mi padre, que sabe aguardar por horas, en silencio, sin mover un cabello, indicándome con señas, de cuando en cuando, que no piense en el ruido de las cosas, porque los ángeles escuchan las reflexiones paganas. Así nada más, se abraza a su escopeta. Apenas asoma uno y ¡pum! El ángel luminoso cae entre piruetas. Mi padre sabe seguirlos malheridos, dispararles a través de los arbustos, olfatear sus pisadas. Va por ellos al fondo de las cuevas. Los descuelga de las ramas, la túnica rasgada, tratando, inútilmente, de prender en su espalda el mecanismo que les activó las alas.

III

Los ángeles que cazamos ayer mordieron la trampa para bobos, una cuerda que atamos en los pinos. Azotaron en el arroyo como costales de crucifijos de madera. Los seguimos caudal abajo. Ellos nadaron con la torpeza propia de sus alas, muy lejos de la técnica de los gansos silvestres que pasan los inviernos en Moravia. Mi padre, delante de mí, trozó las esqueléticas garras de los matorrales, para que nada tras su paso me dañará, y volteó sobre su hombro en busca de la complicidad de mi sonrisa, me pareció oírle gritar ¡Los tenemos, muchacho, los tenemos! Los ángeles encallaron en un banco de rocas. Mi padre los paralizó a culletazos, dándome tiempo para llegar a rematarlos a patadas, igual que pelotas de fútbol americano.

IV

Es una mañana tersa, mi padre me sirve el desayuno y cariño-so me despeina. Ayer tuvimos buena caza. Dos pares de alas penden junto a la noria. Un ángel colosal, atado de sus extremidades, aún bufa quedito por su herida en la garganta. Sobre la mesa, otro menudo, el torso abierto en mariposa, a media exploración, a media autopsia. Mi padre disfruta de explicarme los laberintos de cartílago que llevan dentro, y esos engranes de ónix donde uno cuelga el corazón. Anoche, antes de mutilarlos, tomamos fotos de recuerdo. Orgulloso, mi padre clavó su rodilla en el lomo de los ángeles, les sujetó con fuerza de las alas. Les pusimos mi resortera en la barbilla, para que tuvieran el rostro alzado. Un trago de coñac para menguar el frío. Nos abrazamos y nos reímos mucho.

LA HORA DEL ÁNGELUS

*

Mientras dos personas cogen en la cama
sus ángeles se espulgan
y se comen
uno a otro
los piojos de las alas.

*

La anunciación del arcángel Gabriel
no fue como los renacentistas la pintan.

Para ponerlo en perspectiva
imaginemos el mensaje de la Princesa Lea
que R2-D2 le proyectó a Obi-Wan.
Un destello escupe una paloma de su pecho:
Ayúdame María eres mi única esperanza.

*

Los angelitos negros
ejecutan las labores más duras
como la pizca de algodón en las nubes grises.

*

Sin los ángeles Dios no puede ver
lo que ocurre dentro de las casas.

*

Morir es privilegio de los seres vivos
musitó un ángel
desde el fondo del hastío.

*

Una parvada de ángeles
desciende a beber de la piscina olímpica
tienen debilidad por el agua
que se estanca en las albercas
no así por la que yace
en las pilas de la iglesia.

Las manos de los sacerdotes
carecen de los niveles de purificación del cloro.

*

Cuando entramos al mar
nuestro ángel se queda
mirando desde la playa.

*

En el rapto final
habrá ángeles francotiradores en las nubes
disparando en un segundo filtro de seguridad.

*

Ángeles postapocalípticos con máscara anti-gas
en misión de rescate
de arte sacro en las ruinas del Vaticano.

*

Un tráiler pasa por la carretera
 junto al cementerio.
Los ángeles de mármol
 vigilantes de sus muertos
abandonan el reposo
para detener sus túnicas en vuelo.

★

Con un manojo de plumas
de su ángel de la guarda
confeccionó un plumero

y sacudió el polvo
que tenía en la conciencia.

★

Otra vez el sueño del palenque
donde dos ángeles con navaja en el tobillo
pelean en el redondel.

★

Dudemos de que los ángeles no tienen sexo.
También se dijo en otro tiempo
de otras aves.

*

Cupido en adobo
inyectado de vino
de almendras rellena la panza
220° al horno
envuelto en sus alitas
pimienta mantequilla y ajo:
exquisito afrodisiaco.

*

En eso
una mujer en el bar recoge su cabello
...y allí está Cupido
con su sonrisa infantil
tras ella
apuntándome con una .45 .

*

El ángel del borracho
no recuerda dónde dejó su espada.

*

No son querubines
son cabezas de niños degollados
con alas ensartadas en la nuca.

*

Si la historia la escriben los que ganan
se diría
 en la versión de los caídos
que Lucifer es el ángel
 que perdió el golpe de estado
contra
 el autoproclamado dictador

*

Justo al tocar el arco iris
el ángel explotó
 en un millón
de mariposas de colores.

La estampita

Al reverso se lee una oración a la criatura; al frente se aprecia la imagen del ángel rubio, de aspecto femenino, que risueño acosa a dos pasos de distancia a un par de mamíferos, niña y niño —algo zarrapastrosos, siendo preciso—, que vacilantes intentan cruzar un puente de tablonos inseguro. La imagen no vierte más información de lo que sigue, pero imagino que los niños se quedan colgando a medio puente mientras el ángel los mira insensible, y en el lago, a sus pies, una procesión de cocodrilos, con las perlas afiladas de los dientes, troza el manto de la bruma. ¿...Y después?:

La luna se impone sobre el puente. Y el viento organillero cruje un réquiem entre las tablas. Y las estrellas tan lejos que nunca entienden lo que pasa. Y del ángel ni sus luces. Algún aullido esplende en la maleza. Algo flota en el agua. Los grillos y las nubes grises. Y sobre todo la noche... Y nada.

El ángel en la penumbra

Y serás entonces, al final, el ángel en la penumbra que florece en el vientre de un cometa. Un surco de lava por la carretera. Sobre las astillas de un coche bomba firmarás con tu orina que estuviste aquí en la tierra. Y tendrás las alas blancas y suaves en la penumbra, como paloma de la paz que llega tarde a detener la guerra.

Y serás entonces, al final, el ángel en la penumbra que vuela sobre los mares seguido de los ojos de tantos peces muertos. Entrarás a las casas y las familias muertas frente al televisor de la sala. Al cruzar las calles de fuego la basura se abrirá a tu paso. Tus manos largas en la penumbra serán arañas soñolientas.

Y serás entonces, al final, el ángel en la penumbra que romperá los sellos de las plagas. Maniquí de porcelana, implacable, levitaras con tu honda davidiana marchitando en cada giro, de la serpiente, el fruto sobre el nido. Resucitarás moscas y ratas en tu anémica danza por el mundo, negro, silente, nauseabundo.

A FLOR DE PIEL

*Mención honorífica en el Premio Estatal de Poesía
para Jóvenes ITCA 1999*

1

5

7

Me gusta que te desnudes bajo el tragaluz lleno de insectos
que parecen pelear por la primera fila.

Me gusta verte enfocada por el destello de las lámparas
que se derrama por el tragaluz.

Me gusta el efecto de luz y sombra que nace en tu cuello
y se diluye entre tus nalgas,
la crisálida que madura en tu entrepierna
y el cometa de tu risa iluminada.

No es el tragaluz el que retoca tu cuerpo. Eres tú la que seduce
a la noche, la que enloquece a los insectos, la criatura que se
traga la luz de la ciudad al desvestirse. Ellos sólo reaccionan
como yo a tu combustión espontanea.

10

No es hacer el amor.

El amor ya está hecho

en tu mirada,
en los invernaderos incendiados
al estallar el alba.

Es sólo
que le damos forma.

15

Venimos de allá
donde el sudor
es rocío en piel.
Donde la eyaculación es espuma
de olas vertidas en los riscos de la carne.

Habitamos la burbuja del orgasmo.

Venimos de allá
donde los cabellos
son lirios amotinados en la almohada.
Donde las manos
son arañas que nos trepan por la piel.

16

Un racimo de uvas negras
pende en tu entrepierna.
En mi saliva se advierte
una sed de ti
y en mis ojos
una anticipada borrachera.

17

Atravesado sobre la sábana roja,
flecha retorcida en un charco de sangre,
tu cuerpo desnudo a todas las posibilidades.
Pececillos dorados nadan en el aire
y mordisquean la costra de mugre
que mana de las aspas del abanico.
Te rodean frutas deshidratadas
y mariposas de luz posadas en almohadas.
Siete veladoras dan paso a la penumbra.
El crucifijo de la cabecera, con los ojos vendados
con tu cinta para recoger el cabello,
nos adivina y condena este ambiente de lujuria.
Tus pies me indican donde acaba el Paraíso.
Mi lengua, demonio atorado en mi garganta,
asoma despellejada
dispuesta a fermentar los poros de tu piel.

19

Toda tú
un manjar de Oriente,
una pista de baile,
un carnaval de máscaras
para mis cinco sentidos.

20

Tu cuerpo
fue moldeado a mis manos
como la manzana
es a la boca.

23

Entre la noche,
tu corazón y esta mano,
tu pezón a flor de piel
inflamado.

28

La abeja sumergida en su cunnilingus con la orquídea.
El sol vierte lagunas de luz sobre los cráteres lunares.
Nuestros espíritus se ensamblan
en el eco extrasensorial de la carne unificada.
Afuera, en la esquina, dos perros
chillan pegados a media calle
y, en la distancia, donde el asfalto termina
el gallo le brinca a la gallina.

29

Pasan las horas,
pasan los dedos,
queda en tu piel la huella
y el aroma en mi mano.

31

Ya no te desnudes así,
con esa naturalidad poco sensual
que te hace irresistible.

32

La punta de mi lengua
vaga perdida
en el laberinto de tu oreja.

33

La víbora cambia de piel sola,
yo te ayudo
a quitarte las medias.

37

Eres como esos insectos hembra
que, mientras se aparean,
se comen al macho.
Cuando estoy dentro de ti
te endureces, me retienes,
te enganchas de mi espalda
y algo me extraes a golpeteos.
Humectas tus labios—
en tus ojos se dibuja el hambre—
y empiezas a comerme por la oreja.
Por eso escapo de la cama
como un Adán desconcertado.

38

Tu sexo es un mar
donde yo
jugando a Dios
arrojo un puño de peces.

Voy a procurar no escribir tanto de ti, no sé, hablar del cigarro. El cigarro que en su humo imita los rizos de tu cabello. Ya ves lo que te digo, otra vez tú. ¿Cómo arrancar de mis ojos tu recuerdo y echarlo a las moscas? Siempre, amor, eres el núcleo del poema. Antes de escribir debería concentrarme en algo, no sé, en el mar, por ejemplo. El mar que es como tú lleno de claridad y de misterios a la vez, inestable, va y viene como tú, se expande en su impotencia, como cuando estiras tus brazos y tumbas los objetos de la mesa.

Qué difícil es no hallarte en las cosas. Todo me parece un marco donde habita tu retrato, tu rostro distraído, tu cuerpo estrangulador de poetas. Estás en la lluvia, en los ojos de los gatos, en el ruido de los coches, en las páginas de un poemario. Toda la música parece compuesta para que tú la bailes sola en la recámara.

Seguiré con los ojos vendados, escuchando el golpeteo de las teclas. Sin saber dónde cae la ceniza del cigarro. Voy a tentar para encontrar el vaso de vino. Seguiré aferrado al timón de mi noche permanente, sin luna, donde evocarte sea el lucero vago que me guía.

ÍNDICE



ENSAYO INTRAVENOSO SOBRE EL JAZZ

Premio Nacional de Poesía Germán List Arzubide 2024

Cruz de baquetas y jeringas sobre la lápida de un sueño	19
Improvisaciones	24
El jazz y los gatos	28
Revelaciones	30
Charlie Parker, variaciones sobre un cumpleaños	33
Del Diablo y Mr. Johnson	34
Me costó aceptar	35
Esto no se acaba hasta que la dama gorda cante	36



SIETE POSTALES ROTAS

Premio Internacional de Poesía Bitácora de Vuelos 2023

Postal 1

-Nueva York, Estados Unidos-

EDWARD HOPPER Y EL AISLAMIENTO CITADINO

Ventanas	39
Mujer al sol	40
Domingo por la mañana	41
Cuatro piezas para subrayar el aislamiento	42
Chop Suey	44
Autómata	45
Nighthawks	47
Gas	49



LA CAZA DEL FALSO MÉDICI

Premio Nacional de Poesía Ydalio Huerta Escalante 2022

Redada en primavera	53
Las losas del Vesubio	58
Las cigüeñas	60
<i>Penne alla puttanesca</i>	63
Festival de los canales	65
Il Bargello Pizzeria	67
La caída	69
Todos tenemos un doble	71
Todos tenemos un doble que sueña con nuestros pasos	72
Ese mimo florentino que te copia el ritmo	73



POEMAS QUE HUBIERA ESCRITO BOB DYLAN

Premio Nacional de Poesía Amado Nervo 2019

Lado 1: Fuera de registro

¿Cómo fue crecer en una pequeña comunidad judía?	77
¿Cómo son tus días ahora?	78
¿Qué le gusta a Bob Dylan?	79
¿Tienes alguna dieta especial?	80
¿Qué hay de Duluth, Bob?	81

Lado 2: Disparos de salva

It's all over now, baby blue	82
Knockin' on heaven's door	83
Visions of Johanna	84
Tangled up in blue	85
Don't think twice, it's all right	86
Ballad of a thin man	87
It's alright, ma (I'm only bleeding)	88
Forever young	89

Mr. Tambourine man | 90
Blowin' in the wind | 91



MATRIOSHKAS

Premio Nacional de Poesía Carmen Alardín 2019

Matrioshka 1: Marianela fragmentada

Crímenes | 95
Sentencia | 96
Contacto | 97
Matrioshka | 98
Nonato | 99
Fragmentaria | 100
Clasificación | 101

Matrioshka 4: El libro de Susana

Susana hibernó en el ángulo | 102
Espulgo el Libro de Susana | 103
A veces la odio con el filo taciturno | 104
En otoño fui a la presentación del libro | 105
Ahora lo sé | 106
Susana bien puede ser otra Susana | 107
Su antiguo amante erigió un poema | 108



SARAJEVO

*Premio Nacional de Poesía
Juegos Florales Ramón López Velarde 2018*

Danza macabra | 111
Madre del artista | 1124
Principio y fin | 113
Hermandad | 114
Supervivencia | 115
A una fotografía de 1992 | 116

Réquiem	117
Nocturno de flauta para cañerías	118
Sarajevo, Tamaulipas	119
A alguien, a cualquiera	121
Dame una razón para irnos de aquí	122
Epílogo	123



A DARWIN, CON AFECTO

Premio Estatal de Poesía Juan B. Tijerina 2015

Ruinas de la lengua	127
No cenés con un buitre	128
Dentro de la ostra	129
Sin rodeos	129
Que los gatos tienen siete vidas	129
A veces soy el instante	130
El alce, allá solo en la montaña	130
Veámoslo de esta manera	130
Cierra la puerta por dentro	131
Si tuviera la genética de rejuvenecer a voluntad	132
Los sapos no entienden	132
Hay una crítica constructiva en las palomas	132
Conocí (bíblicamente) a una mujer	133
Me gusta la luna cuando parece	133
Reos en fuga	133
Filtrando los destellos del verano	134
Esa víbora que agita el cascabel	134
En el lago	134
Un artista de hoy	135
Tengo dos hienas de mascotas	136
Bombykol	137
Carne	138
Cortejo	139
Al saltar el aro de fuego	140

De entre todo lo jurásico	140
Digamos que la reencarnación	140
Los mosquitos van hacia la luz	141
Reunida la manada de lobos	141
Y el gallo se quedó mudo	141
Mi identidad es un baile de disfraces	142
¿Cómo aplastas a una mantis religiosa...	142
Si los cerdos tuvieran alas	142
Dolly	143
Cheeta	144
Es duro allá afuera para un ñu	145
Esta salvaje negación	146



NO CONSTA EN ACTAS

Premio de Nacional de Poesía Zafra de Utopías 2011

Los colgados	149
Colateral	150
Horroróscopo	151
Mantis	152
Veinte narcopoemas de odio y un corrido mal entonado	153
Las indagatorias	154
Guía práctica para asaltar un Oxxo	155
Profecía	156
Una chica sexy da el clima en la TV	157



ESTIGMAS

Premio de Poesía Tamaulipas 2007

El orgasmo de Susana	161
Castaños en el Jas de Bouffan en invierno	162
Amor de lejos	164
Musa	165

Ternura	166
El cumpleaños	167
Saturno devorando a un hijo	168
Ritmo de otoño (Número 30)	169
El poema donde quedaste embalsamada	170
Impresión de amanecer	171
Canibalismo de otoño	173
La pregunta	174
Testimonio	175



TEMPORADA DE ÁNGELES

*Mención honorífica en el Premio Estatal de Poesía
para Jóvenes ITCA 2001*

Cazadores	179
LA HORA DEL ÁNGELUS	181
La estampita	187
El ángel en la penumbra	188



A FLOR DE PIEL

*Mención honorífica en el Premio Estatal de Poesía
para Jóvenes ITCA 1999*

Supe que te querría	191
Me gusta que te desnudes bajo el tragaluz lleno de insecto	192
No es hacer el amor	192
Venimos de allá	193
Un racimo de uvas negras	193
Atravesado sobre la sábana roja	194
Tu cuerpo	195
Entre la noche	195
La abeja sumergida en su cunnilingus con la orquídea	195
Pasan las horas	196

Ya no te desnudes así | 196
La punta de mi lengua | 196
La víbora cambia de piel sola | 197
Eres como esos insectos hembra | 197
Tu sexo es un mar | 197
Voy a procurar no escribir tanto de ti | 198



Osario

Miguel Barquiarena

Osario se terminó de imprimir en diciembre
del 2025 en los talleres de Litográfica

Ingramex, S.A. de C.V.,

Centeno 162-1, Granjas Esmeralda, CDMX.

En este libro se utilizó tipografía de
la familia Minion Pro.

Se imprimió en papel cultural.

